BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS.

MADRID.
Imprenta de D. V. de Lalama, Editor,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA HERMANA DEL CARRETERO.

Drama en cuatro actos y un prólogo, arreglado al teatro español por D. MARIANO GODOY, *y representado por primera vez en el Instituto, el dia* 22 *de Enero de* 1846.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de *Perez* y *Jordan*, calle de las Carretas, *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, y *Castan*, calle del Principe, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.

PRÓLOGO.

PERSONAGES.

JACOBO III, *rey de Escocia.*
ENRIQUE.
EL CAPITAN ROBERTO.
TOMAS PATRIK.
CATALINA.
DICKSON.
RALPH.
JONH, *niño de cuatro años que no habla.*

Interior de una habitacion campestre situada á dos leguas de Edimburgo. Puerta al fondo y al lado izquierdo de ella una ventana baja que dá al campo: puertas laterales, una á la derecha y otra á la izquierda del espectador: la primera dá á un cuarto inmediato, la segunda al campo. Una mesa: sillas y un banco de madera colocado delante de la ventana.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon ENRIQUE sale pausadamente del cuarto de la derecha: lleva puesto un trage sencillo y comun, una escarcela de piel de gamo, negruzca, y una espada pendiente de su cinturon. Al salir vuelve con interés sus ojos hácia la habitacion interior sin adelantarse á la escena.

ENR. No me engaño... (*mirando adentro.*) duerme profundamente, y su sueño mas dulce y tranquilo que hace poco, se prolongará sin duda lo bastante para que yo pueda volver sin que ella al despertar me eche de menos. (*cierra la puerta del cuarto con suma precaucion.*) Dios lo quiera! Con eso no me veré obligado á confiarle aun ese funesto secreto que tanta sorpresa y tanto dolor la causaria... Sí; á mi tambien me lo ha causado! Separarme de Catalina, mi compañera de infancia, mi esposa, la madre de mi hija!... ¡Oh! nunca, nunca... Aprovechemos estos cortos momentos, escribiendo cuatro letras á su hermano Tomás... su hermano y el mio!... Bueno será indicarle... Hace ocho dias que debiera haber vuelto: sin duda ya ha salido de Edimburgo, y estará cerca, pero de todos modos enviaré mensageros en su busca pues es preciso que... (*cerrando la carta.*) Estoy muerto de fatiga: por dicha encontraré á poca distancia de aquí el recurso que ayer me esperaba, y en una hora me pongo en Edimburgo. (*se emboza en su capa.*) Destino que de este modo me encadenas, si has de sacrificarme luego á tu inconstancia, salva al menos á los objetos de mi amor! (*vase por el fondo: Catalina abre la puerta de la sala interior, y cuando vé á Enrique cruzar junto á la ventana, sale y se asoma á ella con precaucion.*)

ESCENA II.

CATALINA, *sola.*

CAT. Otra vez el camino de Edimburgo! ¿Qué puede conducirle á la ciudad á estas horas? Oh! yo sabré averiguarlo. En tanto que me juzga dormida, quiero seguirle secretamente; sí, seguirle y descubrir su secreto... Apresurémonos y no perdamos sus huellas. (*vase por la puerta de la izquierda. Se oye llamar á la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

TOMAS *por fuera.*

TOM. Soy yo, abrid, soy Tomás! Vengo un poco tarde... Como de costumbre. (*se asoma á la ventana con un niño en brazos.*) No abren!... Nadie parece...! Ah! vamos, están durmiendo todavia... Sin embargo, la mañana es muy entrada... Deja, hijo mio, voy á colocarte allí (*Le pasa por la ventana y pone al niño en el banco.*) La puerta está cerrada, (*saltando adentro.*) y nosotros tenemos licencia para entrar por la ventana, porque todos somos de una misma familia. Cómo, John, (*á su hijo que duerme.*) te duermes, al volver de nuestro viage? Ah! ya llegará el dia, cuando hayan pasado catorce ó quince años, en que vuelvas despues de una ausencia al lado de tu tia Catalina, y de tu primita Enriqueta, que tendrá entonces diez y seis, y yo fio que has de traer la vista mas despierta y el corazon menos tranquilo. Pero haces bien, hijo mio, duerme hasta que el mundo te desvele, duerme y no como tu pobre madre, que pocos dias despues de tu nacimiento, cerró sus hermosos ojos para no volver á abrirlos jamás. (*enjugàndose las lágrimas.*) ¡Pobre esposa mia!... Diantre!... (*haciendo un esfuerzo para serenarse.*) Me habia decidido á no pensar mas en semejante cosa, y... vamos, conformidad, Dios lo dispuso asi. ¿Qué remedio? (*acercándose á la puerta del cuarto y aplicando el oido.*) ¡No se oye nada! ¿Habrán salido acaso? (*empuja la puerta y mira hácia dentro.*) ¡Cómo! no están... y Catalina ha dejado á su hija sola (*entra en el cuarto.*) No: la cuna està vacia. (*sale.*) Esto empieza á inquietarme. Es preciso preguntar en las cabañas inmediatas. (*deteniéndose despues de haber abierto la puerta del fondo.*) Pero y John? Calle! Precisamente: aquella cuna parece convidarle al descanso. Yo he de volver al instante. (*toma á su hijo dormido, y entra en la habitacion. Catalina sale por la izquierda pálida y desconcertada.*)

CAT. Verme obligada á no poder seguirle!—Alejarse á mi vista sin que yo...

ESCENA IV.

TOMAS, CATALINA.

TOM. ¡Catalina! (*saliendo de la habitacion.*)

CAT. Tú aqui, hermano mio?

TOM. Vengo de acostar á John, y lleno de inquietud iba en seguida... ¿Pero qué tienes, hermana? Esa palidez me asusta! ¿Qué ha sucedido?

CAT. Una desdicha, Tomás.

TOM. Cómo! Esa cuna vacia...

CAT. No, mi hija existe.

TOM. El temor que á lo contrario concebí, me dá fortaleza contra todo lo demas que puedas decirme. Habla.

CAT. Tomás, yo he perdido la confianza y el cariño de Enrique.

TOM. ¿Qué estás diciendo?

CAT. De algunos dias á esta parte Enrique se agita de continuo bajo la influencia de una fiebre que en vano procura disimular... Se rodea de impenetrables misterios, habla solo, escribe secretamente, sale en la mitad de la noche...

TOM. ¿Y vuestra hija?

CAT. Con el pretesto de que estaba espuesta en esta casa, que él mismo ha elegido, á los aires frios de la montaña, la ha llevado á la ciudad impidiéndome el seguirla.

TOM. Y tú no sabes á donde vá tu esposo cuando sale?

CAT. No pudiendo soportar esta mañana mi cruel incertidumbre, le he seguido cautelosamente, y le he visto detenerse en medio del camino, montar en un caballo que alli sin duda le tenian preparado, y partir á galope hácia la ciudad.

TOM. Debo hacerte una observacion, Catalina. Tú que has conocido como yo á Enrique desde la infancia, sabes muy bien que todas nuestras presunciones de aquel tiempo nos inclinaban á creer que fuese hijo natural de algun noble. Quién dice que no haya llegado ahora á su noticia...

CAT. (*interrumpiéndole.*) Y si asi fuese, no deberia apresurarse á participarnos tan feliz acontecimiento?

TOM. Tienes razon. Pero en fin, de todo esto se deduce, que una idea secreta le absorve, pero no que te hace traicion, porque supongo que nada habrás descubierto...

CAT. Esta noche, mientras él dormia, he registrado cautelosamente su escarcela y he encontrado esta cajita para mi desconocida. (*se la muestra á Tomás.*)

TOM. A ver? Sabes lo que contiene?

CAT. Si hubiese podido abrirla... pero está cerrada por un secreto resorte.

TOM. ¿Qué habrá dentro?

CAT. Alguna prenda de amor.

TOM. No, hermana, eso seria una infamia.

CAT. En efecto, pero estoy segura de ello.

TOM. Te digo que es imposible. (*La pone sobre la mesa y procura abrirla con su puñal.*) Ahora verás.. No deberia abrirla, pero tu tranquilidad y el mismo honor de tu esposo, me impulsan á hacerlo. (*la caja se abre, Tomás la cierra precipitadamente.*) Por lo demás.... ¡Gran Dios!

CAT. ¿Que es eso?

TOM. (¿Por qué la abrí?)

CAT. Dámela, quiero verla.

TOM. (*deteniéndola.*) Escucha; antes que abras esta caja... recibe el juramento que te hace tu hermano de castigar si tú condenas, de callar si tú lo quieres, de perdonar si tú perdonas.

CAT. Gracias, hermano mio... pero, la caja... dámela... el deseo me mata... (*viéndole.*) Un medallon! rizos! una carta!... (*sacándola de la caja, la abre y lee.*) «¡Enriqueta!» el mismo nombre de mi hija!

TOM. Bien: tu esposo es culpable, no cabe duda, ¿á qué, pues, aumentar tu dolor con la lectura de esa carta.

CAT. Déjame, déjame por piedad! (*leyéndola.* «Tu larga ausencia, amigo mio, me obliga á «escribirte y á hablarte mas todavia de mis su- «frimientos. Pero no creas que voy á acusarte «de nada, no, el matrimonio entre nosotros era «imposible».. Imposible! (*dejando de leer.*)

TOM. Pues: sin duda por pertenecer á religion distinta, la ley prohibe ó anula el matrimonio contraido entre católicos y protestantes.

CAT. Tienes razon. (*volviendo á leer.*) «Mas, tú «vendrás, no es asi? Tú vendrás á prestarme «nuevo valor y resignacion, á mi que solo debo «vivir, para nuestro hijo!» (*á Tomás.*) ¡Para nuestro hijo! (*lee casi llorando.*) cuyos labios «pronuncian ya el nombre de Enrique!»

TOM. Por Dios, Catalina.

CAT. No puedo mas!

(*Cayendo en una silla y soltando la carta que Tomás se apresura á recojer.*)

TOM. ¡Hermana, hermana mia!

CAT. ¡Me ha engañado!

TOM. Si, nos ha engañado á todos. Cuando despues de la muerte de su madre vino desolado á llorar en nuestro seno, su amistad no era mas que un lazo; cuando hace dos años te conducia al pie del altar, cometia impunemente una doble infamia, vendiendo á su amante y ultrajando á su esposa. Catalina, yo vengaré tu agravio.

CAT. Ah! no, detente: le amo demasiado todavia para creerle tan culpable.

TOM. Oh! lo peor es que yo tambien dudo de su traicion.

CAT. ¿Si nos habremos engañado?

TOM. ¿Y esta carta?

CAT. Tal vez interrogándole á él mismo...

TOM. No, el que mintió ayer tambien mentirá hoy... Con todo, es preciso asegurarse de ello plenamente. Escucha, él me cree á estas horas lejos de aqui, yo parto á la ciudad, le buscaré, espiaré sus pasos, y volveré á encontrarte al declinar el sol. Pero, no me acordaba, si ve á John descubrirá mi llegada!

CAT. Es verdad... pobre niño! ¿Dónde has de conducirle?

TOM. Tú misma podrás encargarte de llevarlo á la posada del Cuervo, donde ya sabes que le cuidarán con esmero durante mi corta ausencia... Vaya, á Dios, no quiero detenerme; ¿pero que hombres son estos?

CAT. Ah! son unos tundidores de lana que estuvieron ayer aqui preguntando si estabas ya de vuelta, y quieren, segun indicaron, confiarte un transporte considerable.

TOM. Recibámoslos, pero por Dios, ni una palabra, ni una lágrima que pueda revelar tu dolor.

CAT. Tranquilízate, hermano mio, nuestras penas no serán conocidas de nadie mas que de nosotros mismos.

ESCENA V.

DICHOS, JACOBO, ROBERTO, DICKSON, *vestidos pobremente.*

CAT. Entrad, señores: (*dirijiendose á ellos.*) aqui teneis á mi hermano, á quien ayer buscábais con tanto empeño.

JAC. (*á Tomás.*) Mucho nos alegramos de encontrarle.

TOM. Y yo de poder seros útil en algo.

ROB. Teneis un carro bien sólido y con buen ganado?

TOM. Tengo tres mulas normandas, y un carro cuyos ejes son de hierro de Birminghan.

ROB. ¿Donde podemos verlos?

TOM. En la posada del Cuervo. Mi hermana Catalina que ahora justamente va á ella á llevar á mi hijo John, que está durmiendo en ese cuarto, podrá guiaros al instante si gustais.

ROB. Permitidnos descansar un poco y en seguida...

TOM. Tomad asiento, señores, y decidme entre tanto lo que puedo hacer en vuestro servicio... (*se sientan.*)

ROB. ¿Os quereis encargar de llevar á Lóndres en vuestro carro seis sacas de lana fina?

TOM. Con mucho gusto.

ROB. ¿Y cuándo partireis?

TOM. El dia de Santa Florentina.

ROB. ¿Dentro de ocho dias?

TOM. Dentro de ocho dias. ¿Pero sois mercaderes de lana?

ROL. Si. ¿Cuánto tiempo emplleareis para llegar á Lóndres?

TOM. Dificilmente podré decíroslo. Eso es segun; yo empLearia muy poco, pero en los tiempos que corren, tan pronto están los caminos ocupados por los nobles que se hacen la guerra unos á otros, como por los vasallos que se revelan contra sus señores; las puertas de las ciudades se cierran, las jornadas se dificultan, y... ya conoceis que mal puede calcu-

larse... Sin ir mas lejos, para volver á aquí esta vez me he visto obligado á cortar algunos árboles para abrirme camino por medio de los bosques; asi es que manejo con tanta destreza el hacha del leñador como el látigo de carretero; pero no tengan vuestras mercedes cuidado; con prudencia y perseverancia el carretero Patrick acaba siempre por llegar á donde desea.

JAC. ¿Cuándo dejará Escocia de ser víctima de guerras tan desastrosas?

TOM. ¿Cuándo? Cuando vuelva á su trono nuestro Rey Jacobo III; por señas que si hemos de dar crédito á lo que por Inglaterra se dice, no ha de tardar ese suspirado dia.

JAC. ¡Cómo! ¿Què dicen en Inglaterra?

TOM. Una cosa que tiene mas bien visos de una novela que empieza, que de un acontecimiento que se prepara.

JAC. Pero, qué es? Proseguid.

TOM. Segun por allá he oido, parece que Jacobo III, prisionero del Rey de Inglaterra hace siete años, iba á morir sucumbiendo bajo el peso de su larga esclavitud, cuando el Rey Enrique VIII se presentó inopinadamente á él en la torre de Lóndres. Cuentan que habiéndose restablecido en aquella entrevista la confianza entre los dos monarcas, nuestro Rey Jacobo viéndose enfermo, confió á Enrique VIII que tenia un hijo secreto de una dama escocesa, y que entonces el Rey Enrique encontrando en ese hijo, hasta aquel momento ignorado, el medio de aliar su familia á la Corona de Escocia, ofreció á Jacobo la libertad, con la condicion de que reconociera á ese hijo, le llamára á la sucesion del trono, y le casára este mismo año con la mas joven de sus hijas. Añaden que pocos dias despues Jacobo III, ya aliviado de sus dolencias, hizo á Enrique VIII juramento de cumplir dichas condiciones, salió de la torre y tomó el camino de Escocia.

ROB. Con efecto; eso es lo que refieren los ingleses, pero en Escocia continuan la historia ó mas bien la novela, y dicen que nuestro Rey se encuentra cruelmente afligido á su llegada á este pais.

TOM. ¿Por qué?

ROB. Porque acaba de saber una nueva fatal que equivale á una gran desdicha.

TOM. ¿Y esa nueva?

ROB. Oidla. Cuando el Rey fué hecho prisionero, supo á los pocos dias, que habia sido vilmente entregado á sus enemigos por un traidor que debia recibir de estos el precio de su infamia en la fortaleza de Northon. Como el Rey al ser conducido á Lóndres encontró en el camino á su antigua amante que habia querido verle por la vez postrera, la encargó sobre todo que por cuantos medios imaginase, se dedicára á descubrir al traidor que le habia vendido, y del cual esperaba aun tomar justa venganza.

TOM. Y llegó la dama á conseguirlo?

JAC. Mas ostensiblemente sin duda de lo que convenia, porque al volver de su cautiverio el Rey Jacobo, ha tenido el duro sentimiento de saber que hace siete años, su infeliz amante pagó con la muerte su lealtad y su cariño.

TOM. ¡Cómo! ¿Y quién fué el asesino?

JAC. ¿Quién ha podido serlo? Quién hubiera atentado contra la vida de aquella muger virtuosa y sublime, sino el mismo infame cuya traicion ella habia logrado descubrir?

CAT. ¿Y qué fué de su hijo? Del hijo del Rey?

JAC. Se cree que deba la conservacion de su existencia á la casualidad, ó mejor dicho, á la providencia, y que viva oscuro é ignorante de su destino. El Rey entretanto lo busca ansioso y sin consuelo, asi como ha jurado encontrar al vil asesino causa de su acervo dolor.

TOM. Dios quiera que cuanto antes consiga entrambas cosas.

ROB. (*levantándose.*) Si, porque entonces recobraremos á nuestro antiguo Rey, nuestras antiguas leyes... y nuestros antiguos caminos. No es verdad, amigo?

TOM. Asi lo creo. Conque, señores, Catalina va á acompañaros, si gustais, á la posada donde podreis ver mi carro, y mañana arreglaremos la carga. (*Catalina entra en la habitacion.*)

JAC. (*levantàndose.*) Pues no hay mas que hablar.

TOM. Un instante. Voy á dar prisa á mi hermana. (*vase.*)

JAC. Veo, capitan Roberto, que obramos con prudencia, adoptando este trage, merced al cual hemos podido hablar, sin que nos conozca, con este Patrik, que regularmente será el consejero de su hermana. Tiene trazas de ser un leal y esforzado escocés, y de amar á su pais y á su Rey. Ahora quiero entenderme con Catalina.

ROB. Que es el principal escollo que vamos á encontrar, porque aun ignoramos hasta donde llegará el cariño y la ambicion de esta muger.

JAC. Puesto que va á acompañarnos, yo hablaré á solas con ella durante el camino y... silencio; ya está aqui (*Catalina sale con John de la mano y Tomás la acompaña.*)

CAT. Volverás á la tarde? (*ap. á Tomás.*)

TOM. (*id.*) Sin falta, y quizà para desvanecer tus temores.

CAT. ¡Dios lo haga!

TOM. Señores, cuando gusteis. (*á los otros.*)

JAC. En marcha. Vamos, Dikson (*á Dikson que se ha quedado sentado.*)

DIK. Allá voy.

JAC. Siempre tan perezoso!

CAT. (*ap. á Tomás.*) Hasta la tarde.

TOM. (*id.*) Hasta la tarde.

(*Catalina conduciendo á John de la mano sale por la puerta del fondo con Jacobo, Roberto y Dikson.*)

ESCENA VI.

TOMAS *solo.*

¿Podrán mis nuevas consolarla? No; no lo espero... Dios mio! el crímen de Enrique es cierto, indudable... con todo, es preciso que yo posea pruebas mas convincentes... vamos á buscarlas. Prudencia y serenidad... *(va á salir.)*

ESCENA VII.

TOMAS, ENRIQUE.

ENR. *(entrando por la izquierda.)* ¡Tomás de vuelta!
TOM. *(volviendose.)* ¡Enrique! (frustróse mi intento.)
ENR. A Dios, hermano: has visto á los mensageros que he despachado en tu busca?
TOM. No! ¿qué tenian que decirme?
ENR. ¿Dónde está Catalina?
TOM. Ha ido á llevar á John á la posada del Cuervo.
ENR. ¡Como! ¿Por qué no le has dejado en casa?
TOM. Porque...
ENR. ¿Por que?
TOM. Porque quise ocultarte mi llegada, y seguir tus pasos y espiarte en fin, antes de tener contigo la esplicacion que ahora necesito, ya que nos hemos encontrado.
ENR. ¡Una esplicacion! *(sorprendido.)*
TOM. Enrique, hemos descubierto la mentira y la doblez de tu conducta.
ENR. (¿ Qué dice?)
TOM. Registra tu escarcela y mira si no falta en ella una caja misteriosa...
ENR. *(inquieto.)* ¡Cómo! esa caja en tus manos!
TOM. Sí; esta caja que te acusa, la acabo de abrir con mi puñal delante de Catalina.
ENR. Y habeis encontrado...
TOM. La carta de tu querida.
ENR. Oh! Dios mio!
TOM. Esa carta en la cual te habla de vuestro hijo...y Catalina...
ENR. Basta, Tomás!... Habeis, segun dices, encontrado la carta de mi querida... ¡Oh! si menos turbados por vuestras injustas sospechas hubieseis leido una inscripcion grabada en el fondo, fácilmente habriais comprendido que hace quince años que esa carta fué escrita.
TOM. ¡Quince años!
ENR. Fácilmente hubierais comprendido que el amante era mi padre...
TOM. Tu padre!
ENR. Y que la muger que escribia era mi madre.
TOM. ¡Era tu madre! Y nosotros te acusábamos!
ENR. Sí, me acusábais de una vileza...
TOM. Perdónanos, hermano: somos unos ingratos para contigo!
ENR. Os perdono, Tomás, con toda mi alma...pero no volvais á dudar nunca de Enrique.
TOM. Oh! deja que vaya á buscar á Catalina y á decirla...
ENR. Todavia no. Escucha, Tomás, lo que á mi vez tengo que confiarte... Esa misma caja, causa de vuestro error, me ha dado á conocer mi familia, que noble y poderosa condena mi enlace con Catalina y el nacimiento de mi hija. Como has visto, he alejado á esta prudentemente de mi casa, y aun para vosotros es un misterio su paradero. Es preciso que esta noche Catalina salga tambien de aqui; para esto he enviado mensajeros en tu busca.
TOM. Me dejas absorto; Enrique, dí, ordena lo que hemos de hacer.
ENR. Que partais esta noche para Edimburgo, Catalina, John y tú, y que finjiendoos esposos os alojeis en el arrabal, donde no tardaré en reunirme con vosotros en compañia de mi hija.
TOM. Descuida: serás obedecido.
ENR. Entonces únicamente le revelarás cuanto te he dicho à Catalina, asegurándola que suceda lo que quiera, participará siempre de la misma suerte de Enrique... de Enrique... que jura aqui solemnemente no sufrir nunca entre él y aquellos á quienes ama, distancia ni separacion alguna.
TOM. *(oyendo ruido fuera y despues de haber entreabierto la puerta del fondo.)* Es Catalina.
ENR. Evitemos el encontrarnos con ella. Sígueme. Toda esplicacion en estos momentos seria imprudente y quizás peligrosa.
TOM. He quedado en volver á verla esta tarde.
ENR. Bien, entonces podrás decidirla á partir. Sígueme. *(Vanse por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA VIII.

CATALINA, *despues* JACOBO.

CAT. *(Entrando con inquietud por el fondo.)* Despues de haberme hecho mil preguntas por el camino de la posada, uno de esos hombres, parece que me sigue... y que... tengo miedo... sola aqui... voy á cerrar la puerta.... ¡Cielos!
JAC. Catalina Patrik, esposa de Enrique Ramsey, el Rey Jacobo III de Escocia es el que viene á visitarte.
CAT. El Rey!.. ah Señor!.. dignaos disimular...
JAC. *(Sin darla lugar á arrodillarse.)* Basta, basta, Catalina; solo quiero que me prestes atencion, porque tengo que hablarte...
CAT. ¿A mi?..
JAC. No es la casualidad quien me ha conducido á tu morada, Catalina; sino el cuidado que mi interés y aun mi pais exigen, porque tú puedes influir mucho en el porvenir de la Escocia.
CAT. ¿Yo?
JAC. Tú, sí, porque eres la esposa de Enrique, del mismo hombre á quien el Rey Jacobo vuelve á llamar como en otro tiempo Jacobo Enri-

que Ramsay reconociéndole por su hijo.

CAT. Enrique, hijo del Rey de Escocia!

JAB. Tres dias hace que guiado solo por débiles indicios, le he encontrado al fin, ignorante de su alta alcurnia y de su destino: al otro dia para convencerle de ello, le entregué una cajita que contenia la revelacion de su nacimiento, y de mis secretas relaciones con su madre.

CAT. ¡La madre de Enrique! Ah! gracias, Dios mio! perdona si he sospechado de él.

JAC. ¿Qué es eso?

CAT. Nada, continuad, señor. (*Roberto aparece por fuera y apoyándose en la ventana escucha con atencion.*)

JAC. Cuando se le reveló á Enrique el secreto de su cuna, supo tambien las condiciones del Rey de Inglaterra, que quiere que el heredero del trono de Escocia sea el esposo de su hija. Enrique, sin embargo, declaró que nunca se separaria de la muger á quien habia elegido por compañera antes de su encumbramiento, y nada parece bastar á convencerle de lo contrario. Pero yo conozco que voy á poner el pié en un trono vacilante, yo conozco lo que el pais reclama, y yo mismo vengo á pediros, hija mia, que sábia y valerosa en este trance, me ayudeis á convencer á Enrique de que debe anularse vuestro matrimonio, porque su duracion atraeria sobre vos, sobre vuestra hija, sobre el mismo Enrique, sobre todo el reino, en fin, largas y horribles calamidades, que luego nadie podria remediar ni combatir...

CAT. Enrique es hijo de mi Rey! (*reflexionando.*)

JAC. Enrique está llamado á reinar en Escocia bajo el nombre de Jacobo IV, si con su imprudencia no provoca la guerra y se hunde en el polvo su destino.

CAT. Y decis que vuestro hijo se ha negado á romper nuestro matrimonio y celebrar sus bodas con la princesa de Inglaterra?

JAC. Sí, Enrique se pierde por generosidad hácia vos.. ¿No le salvareis, siendo, en cambio, generosa para con él?

CAT. Señor, mi vida entera pertenece á vuestro hijo, que puede disponer de ella como quiera: pero en tanto que él nada me ordene, nada haré yo tampoco. Nadie alcanza sus grandes y elevados pensamientos. Todo lo que hace está bien hecho ante mis ojos, y todo tambien me aconseja en este instante que debo seguir sus pasos por mas espinas que debamos hallar en nuestro camino.

JAC. Infeliz! Y si estraviada su razon por el cariño que te profesa, provoca una lucha en el pais y tiene que ir á buscar la muerte en el campo de batalla?

CAT. Sabré seguirle, y morir tambien à su lado.

JAC. ¿Y si ni aun ese consuelo pudierais abrigar? Si provocando la ira de otros mas poderosos acabára sus dias en una oscura prision!

CAT. Con él estaré siempre, con él y en cualquier parte acabaré los mios. Y ahora, señor, la esposa que quizás ha provocado vuestro enojo, y que desafia cuantos peligros la amenazan, os ruega le permitais retirarse para no ofenderos involuntariamente, persistiendo en llevar á cabo un ciego deber, inmutable como los sentimientos de su alma. (*vase por la derecha.*)

ESCENA IX.

JACOBO *solo.*

JAC. ¡Dios mio! Dios mio! Qué pronto habeis deshecho en humo leve mis risueñas y falaces esperanzas!

ESCENA X.

JACOBO, ROBERTO.

ROB. (*saliendo.*) Y bien, señor, qué es lo que pensais hacer?

JAC. Esa muger se resiste á todo...

ROB. Lo sé; he estado escuchando desde allí...

JAC. Entonces, ya comprendes lo grave de mi situacion.

ROB. En efecto: es una desgracia llegar á un estremo semejante; los ruegos, las súplicas, todo ha sido inútil... La fuerza y la violencia son ya los únicos recursos que nos quedan.

JAC. No te comprendo.

ROB. ¿No me comprendeis? Viudo vuestro hijo, nada se opondria á nuestros designios.

JAC. ¡Roberto! Es decir que me aconsejas la muerte de esa desgraciada!

ROB. Señor, Walace y Roberto Bruce, vuestros antecesores, de gloriosa memoria, hábiles en los medios de salvar á su pais, en remover toda clase de obstáculos, no han podido conservar su trono y su poder, sino sacrificando á algunos de sus súbditos para la salvacion de todos los demas. Vos habeis sido mas tolerante y generoso que vuestros antepasados, pero advertid, que en esta ocasion debeis ser mas hábil y fuerte. Conozco, y me lamento tristemente de ello, el terrible consejo que os doy, pero mi conciencia me impone esta obligacion, y debo cumplirlo por mucho que me cueste.

JAC. Bruce y Wallace, capitan Roberto, usaban de sangrientos recursos en una época tambien sangrienta y terrible, pero en el dia no aseguran el poder medios tan reprobados. (*Catalina va á salir de la habitacion y sin ser vista se detiene á escuchar desde la puerta.*) Vos me aconsejais la muerte de esa muger inocente. Pero acaso la esposa de mi hijo no es á la vez hija mia? Qué!.. Cuando despues de siete años de cautiverio vuelvo á mi pais, cuando Dios me consiente que sienta en mi rostro el aire puro de estas montañas, que lleguen á mi oido sus antiguas canciones, que pueda saludar las cruces de piedra que encuentro en sus caminos, quereis, decidme, que me presente á mis vasallos con el crímen en una mano y

la corona en la otra!.. Jamás! El país espiaria las faltas de su señor, y este no sabria consolarle, porque un Rey no puede bendecir á su pueblo con las manos teñidas en sangre.
ROB. ¿Entonces qué pensais hacer?
JAC. Volver á Inglaterra y ponerme de nuevo bajo el poder de Enrique VIII, puesto que no he cumplido las condiciones que debian asegurarme la libertad.
ROB. ¿Y si os vuelven á vuestra prision?
JAC. Me resignaré con mi suerte.
ROB. Señor, y si la cautividad acaba con vuestra vida?
JAC. ¡Cúmplase la voluntad del Cielo! (*con resignacion.*)

ESCENA XI.

Dichos, CATALINA.

CAT. (*apareciendo enmedio de los dos.*) ¡El Cielo, señor, quiere salvaros!
JAC. ¡Catalina!
ROB. ¡Nos estaba escuchando!
CAT. En vano hablásteis hace pocos instantes al corazon de la esposa, que no late sino con los impulsos de otro. Pero ahora os habeis dirigido al corazon de la hija, habeis rechazado terribles consejos, os habeis condenado voluntariamente por salvarme, me habeis llamado en fin vuestra hija, y yo quiero merecer este nombre, y yo os salvaré, padre mio!
JAC. ¡Salvarme!
CAT. Sí: anulando en seguida mi casamiento.
JAC. Tú, Catalina!
CAT. Cuando los padres se resignan á morir por evitar el golpe que á los hijos amenaza, los hijos deben á su vez salvar á los padres del peligro á que por ellos se han espuesto. Para desbaratar mi enlace, basta que yo abjure mi religion. En este momento parto á Irlanda á hacerme católica, las leyes me separarán en seguida de Enrique, y vos sereis feliz.
JAC. Oh! Tanta abnegacion!
CAT. Me cuesta mucho... mucho: os lo juro... pero sabré llevarlo á cabo, y hoy... ahora mismo voy á partir. (*conmovida.*)
JAC. Ahora?
CAT. Sí, sí, padre mio; no quiero que el valor me falte, y si me detengo aquí... si llego á verle... Ah! decidle lo que me cuesta este sacrificio... decidle que me perdone... y... cuidad de mi hija... de mi pobre hija, á quien no puedo abrazar en este instante!
JAC. Yo te lo juro, Catalina; tu hija será la alegria de mi vejez, y nosotros le contaremos, cuando pueda apreciarlo, tu sin igual heroismo y tu virtud.
CAT. Y yo tambien, señor, tengo que revelaros, ya que para siempre voy á dejar á vuestro hijo, un secreto que nunca he querido confiarle, por temor de que se espusiera inútilmente, queriendo vengar á su madre, al lado de la cual yo estaba sola cuando dió el último suspiro.
JAC. ¡Cómo! Tú... tú la viste espirar... ¡ah! no me ocultes nada: cuéntamelo todo, todo, Catalina... ¿qué te dijo?
CAT. Que el hombre que inhumanamente la habia sacrificado, era un simple capitan escocés á quien una vil traicion acababa de elevar á un alto rango. (*empieza á oscurecer.*)
ROB. ¡Qué escucho! (*ap.*)
CAT. Ahora, señor, á vos os toca la venganza. ¿Sabreis llevarla á cabo?
JAC. Sí, Catalina. De todos mis capitanes de aquella época, solo el asesino puede tener hoy algun título de nobleza, porque ninguna guerra desde entonces ha podido ofrecer campo á la ambicion ó al merecimiento. El capitan que sea noble desde entonces, lo será por el crimen... su título me entregará al traidor, y ay! de su vida... Oh! en un dia mi trono y mi venganza... Dios! mio! este instante borra de mi memoria mis siete años de cautiverio y de tormentos.
CAT. Padre mio, á Dios! el sol declina y es fuerza que me apresure á partir antes que vuelva Enrique; antes que vea á mi hermano... antes que el recuerdo de mi hija me quite el valor que tanto necesito.
JAC. Ven, hija mia, ven; quiero acompañarte hasta la entrada del camino, y bendecirte y abrazarte, porque tú has salvado mi trono, mi libertad, y tal vez la vida de mi hijo. Esperadme vos aquí, capitan, pronto estaré de vuelta para que emprendamos la marcha hácia Edimburgo, donde recobraré mi corona, y alcanzaré mi venganza, buscando al traidor y haciéndole sufrir en un cadalso todo el rigor de mi justicia. Catalina...
CAT. Vamos, padre mio. (*vanse por el fondo.*)

ESCENA XII.

ROBEBTO, *solo.*

ROB. Sí, Rey vengador; yo te acompañaré á Edimburgo; cuenta conmigo! Pero... esa muger acaba de perderme con su revelacion, y si el destino me fuese contrario por un instante... reflexionemos; sepamos cual es mi posicion actual y cuáles mis recursos... ¡serenidad! Qué diablo! Todas mis ideas se confunden... vamos á ver. Hace siete años puse mediante una suma considerable al Rey Jacobo en poder de los enviados secretos del Rey de Inglaterra. Apenas comenzaba á disfrutar de un condado, premio obtenido tambien por aquel suceso, la querida del Rey me hace concebir sospechas de que trataba de acusarme. Temeroso de que llegára á verificarlo, llamo en mi ayuda á Dikson, antiguo secretario del Rey, y gracias á él consigo introducirme en casa de aquella dama... y muy pronto quité de enmedio este obstáculo. Ahora bien, desde entonces he vivido

tranquilo en la opulencia, hasta que al cabo de siete años el Rey obtiene su libertad. Recibo la noticia, salgo al encuentro del monarca, le hallo en la frontera, y ocultándole prudentemente mi fortuna, le ofrezco mis servicios como uno de sus mas fieles oficiales, y comparto con él sus trabajos y sus fatigas á fin de conocer mejor sus proyectos y desbaratarlos, porque ¡ay de mi! si la alianza de Enrique VIII y Jacobo se lleva cumplidamente á efecto! Pero ¡ay de mi! sobre todo, si despues de la revelacion de Catalina, no adopto un medio pronto y eficaz para salvarme, porque apenas el Rey llegue á Edimburgo, sabrá que el capitan á quien busca es el Conde Roberto. ¿Le seguiré á la ciudad? No... ni he de dejarle entrar en ella. Estoy solo... el hijo de Tomás en la posada, Tomás en Edimburgo, Catalina se dirige á Irlanda. Enrique tal vez no vuelva en todo el dia... lo he decidido. Merced al vestido que lleva puesto todos le creen un tundidor de lana... Ralph y Dikson deben estar cerca de aqui... Primero yo que nadie... (*se asoma á la ventana y toca el caracol que llevará pendiente de un cordon de estambre.*) Ola! me han oido! Ya vienen. Si dejo escapar esta ocasion puedo contarme en manos del verdugo.

ESCENA XIII.

DIKSON, ROBERTO *y* RALPH.

RALPH. (*entrando con Dikson.*) ¿Nos llamais Señor Conde?

ROB. Si. Y te mando, Ralph, que me respondas al instante.

RAL. Ya os escucho.

ROB. Cuando te admití en mi servicio y te señalé dos marcos de oro al año, me digiste que sabias admirablemente herir á un hombre de un solo golpe.

RAL. Y lo he probado bajo las órdenes de mis antiguos dueños.

ROB. Necesito convencerme de ello en este instante.

RAL. Hablad.

ROB. Un hombre se dirije hácia este sitio, y es necesario que no pise el umbral de la puerta... comprendes? Fácilmente podrás conocerlo, porque es nuestro tercer compañero, y lleva igual trage que nosotros. Sal á su encuentro, y cuando esté cerca de aqui...

RAL. Descuidad. (*vase.*)

ROB. Me has entendido.

ESCENA XIV.

ROBERTO, DIKSON.

DIK. Cómo, Señor, le mandais que mate al Rey!

ROB. Si; para evitar que pueda él mañana entregar nuestras cabezas al verdugo, porque ya lo sabe todo.

DIK. ¿Quien se lo ha revelado?

ROB. Catalina.

DIK. ¿Catalina?

ROB. Sí...Y tú me ayudarás á perderla despues de muerto el rey, porque ese secreto... Si Ralph cumplirá mis órdenes? Si errará el golpe? Dikson, corre, ve á reunirte con él.

DIK. Perdonad, Señor. Antiguo secretario del Rey, vos lo sabeis, soy emprendedor y atrevido con la pluma, pero no mas, porque nunca he manejado la espada.

ROB. ¿Pero y si somos descubiertos?

DIK. Si somos... Acordaos, señor Conde, de que yo no soy culpable mas que de haber escrito, falsificando la letra del Rey, una carta, que os sirvió para introduciros en casa de su amante, á quien vos sacrificásteis sin intervencion mia.

ROB. Pero se ahorca á los falsificadores.

DIK. Sí; ya sè que á mi pluma puede valerme la cuerda, pero no por eso podré nunca merecerla con la espada.

ROB. Y... dime... te acordarás aun de imitar la letra del Rey?

DIK. Como siempre.

ROB. Traes contigo los avios de escribir?

DIK. Como siempre tambien. No os he dicho que la pluma y el pergamino son mis armas?

ROB. Pues escribe á la luz de la luna lo que voy á dictarte.

DIK. (*cerca de la ventana, despues de haber sacado un pergamino y una pluma de su escarcela.*) Empezad.

ROB. (*dictando*) »Hijo mio, he tenido la imprudencia de confiar á tu amante el juramento que á romper vuestro matrimonio me obligaba. Queriendo despertar su generosidad, solo he conseguido escitar su ambicion, pues Catalina me ha considerado como un invencible ú odioso obstáculo... y muero á manos de los asesinos, cuyo brazo ha armado ella misma, vengativa y despechada. (*mira lo que Dikson escribe.*)

DIK. Ya lo veis... Mi mano tiembla al trazar estas líneas.

ROB. ¡Continua, voto al infierno! »Véngame, Enrique, hijo mio, á quien solo una vez me ha concedido el cielo estrechar contra mi corazon, y Dios te bendecirá como lo hace en este momento tu moribundo padre...» Ahora la firma. (*tomando el escrito.*) Bien, Dikson, bien, por vida mia. Esta falsa letra que engañó en otro tiempo á la querida del Rey Jacobo, engañará asimismo fácilmente á su hijo y á sus amigos... y si Catalina pudiese alguna vez revelar nuestro antiguo crímen, la carta en que el rey la acusa al espirar, nos garantiza de todo.

DIK. Perfectamente.

JAB. ¡Favor! socorro! (*dentro.*)

DIK. La voz del Rey!

ROB. Ralph ha cumplido su promesa.

DIK. Si habrá acertado el golpe?

TOM. (*dentro.*) Defendeos, yo vuelo en vuestra

ayuda,

ROB. ¡Qué escucho! Un hombre que va á defender al rey... si sucumbe Ralph, somos perdidos.

DIK. Sin remedio.

ROB. Sígueme, Dikson, ponte tu máscara, y vamos en ausilio de Ralph. (*vase precipitadamente.*)

DIK. Poco á poco, Dikson, en cuanto á sacar la espada hay mucho que decir. Pero no oigo ruido! Finjamos siquiera ayudarles, y nos enteraremos de lo que ocurra. (*vase por el fondo. Tomàs sale por la puerta de la izquierda sosteniendo á Jacobo que apenas puede sostenerse, y que se deja caer sobre el banco que está al pie de la ventana. Tomás trae un hacha en la mano derecha.*)

ESCENA XV.

TOMAS, JACOBO.

TOM. Infames! valor, valor, y pronto saldremos en seguimiento de vuestros cobardes asesinos!

JAC. Tú los conocerás...

TOM. Si, porque he causado una herida al segundo que nunca podrá ocultarla: pero pensemos en detener la sangre de la vuestra.

JAC. No, de nada serviria: mi herida es mortal. (*desfalleciendo.*)

TOM. ¡Mortal!

JAC. Escucha... Ve en busca de mi hijo... Dile que un Conde de Edimburgo... ¡Ah Dios mio!

TOM. ¡Pero quién es vuestro hijo, hablad! dónde se encuentra?

JAC. Mi hijo! mi hijo!.. ay! no puedo mas... yo... Cielos! morir cuando mis años se rejuvenecian.. (*inclina la cabeza y espira.*)

TOM. Se muere, se muere, sin que nadie venga á socorrernos! ¡Cielos! ya espiró! (*hace un esfuerzo para incorporar á Jacobo.*) Ah! villanos! Cobardes! Pero que interés movia á esos miserables á cometer tan horrendo crímen con este hombre? Oh! si les hubiese seguido... Pero ya es de noche y en vano... (*arrojan por la ventana un papel atado á una piedra.*) ¿Qué es esto? (*Cogiéndole y desdoblándole.*) Una carta! ¿á quién va dirijida? (*Lee el sobrescrito á la luz de la luna, y junto á la ventana.*) «A Tomás Patrik! (*continua leyendo.*) »Un noble y poderoso personage se ha encargado dignamente de la educacion de tu hijo, que se ha llevado consigo de la posada del Cuervo!» ¡Cielos! «Y he aqui lo que ademas te ordena. Mañana al rayar el dia saldrás como marino voluntario en un buque que se da á la vela para las Indias. Si das un solo paso hácia Edimburgo, si dices una sola palabra de cuanto has visto, averiguado ó descubierto hace pocos instantes, ó si vacilas en obedecer esta órden, tu hijo será degollado sin compasion ni tardanza. Ahora salva ó sacrifica la vida de tu hijo, y elige en seguida.» (*va á salir furioso y se detiene.*) Mi hijo en poder de esos infames!..., Ah!... ¿Qué voy á hacer? Serán capaces de asesinarle! No! jamás. Y tú, vil asesino á quien mi hacha ha mutilado, tú caerás algun dia en mi poder: yo te sabré buscar, yo lograré encontrarte y conocerte...! Pero entonces matarán á mi hijo! Oh! Dios mio!... Dadme á la vez la fuerza y la razon, porque mi cabeza se estravia! ¡Mi hijo! Señor, salvad á mi hijo. (*cayendo de rodillas.*)



ACTO PRIMERO.

PERSONAGES.

JACOBO IV, (*es el Enrique del prólogo.*)
EL DUQUE ROBERTO.
DICKSON.
CARLOS.
TOMAS PATRIK.
RALPH.
CATALINA.
ENRIQUETA.
Enterradores, Hermanas de la caridad, Enmascarados, Acompañamiento.

El Teatro representa las ruinas de una antigua abadía convertida en lazareto para los pestíferos. La escena pasa en una galeria que tiene la entrada por el fondo. Algunos arcos de la izquierda dan vista al campo, otros en el fondo al mar.—A la derecha una puerta grande, enormes peñascos estan esparcidos por un lado y otro del teatro.

ESCENA PRIMERA.

RALPH, DICKSON.

Al levantarse el telon Ralph aparece recostado en uno que habrá á la derecha. En otro tambien en primer término, hay un trage negro y talar de mozo del Lazareto. DICSON, sale por el fondo ricamente vestido.

DIC. (*sin ver á Ralph.*) Si. Esta es la antigua abadia de Durham transformada hoy, como todos los demas conventos, en lazareto para los pestíferos... ¡Cómo cambia todo en el mundo! Hace pocos meses eran estos contornos con sus nobles ruinas à la orilla del mar, el sitio donde se reunian los amantes y los curiosos... De pronto se declara en Edimburgo una enfermedad contagiosa, se publica una órden severa que dispone sean aqui conducidos todos los acometidos por el contagio, sin distincion de clases ni personas, y el canto de las aves y los suspiros de amor se truecan en el tañido lúgubre de las campanas y en ayes de agonía, viendose en lugar de flores y de verdes praderas... (*mirando á Ralph.*) enfermos ó sepultureros. (*Ralph se ha levantado despues de*

un movimiento de temor, y se acerca á Dickson diciéndole.)

RALP. Tienes razon, Dickson.

DIDK. ¡Me conoce! Ah! qué veo! Tú convertido en mozo del lazareto!

RALP. Ya lo ves.

DIC. (Muchos ha muerto en este mundo; justo es que entierre ahora á los demas.)

RALP. Supongo que no será el contagio el que á estos lugares te conduce.

DIC. No por dicha mia!

RALP. Dios te preserve de él... aunque ya poco peligro existe, porque la enfermedad se debilita en gran manera.

DIC. ¿Será cierto?

RALP. Si. De cuatro dias á esta parte han muerto muy pocas personas. Pero dime, ¿qué vienes á hacer aqui?

DIC. Acompaño al Duque Roberto que debe presidir la misa que en esta abadia va á eelebrarse por el alivio de los enfermos y el reposo de los muertos.

RALP. ¿Cómo? El Duque Roberto no teme á la peste?

DIC. Audaz y temerario como siempre, se conforma gustoso con las obligaciones de su alta posicion. Sin embargo, desde aquella noche en que por ayudarte estuvo á pique de perder la vida, la tempestad y las tinieblas suelen amedrentar su espíritu, y mas de una vez he sufrido á su lado penosos recuerdos del tundidor de lana y de Catalina Patrik... Oh! aquella muger con su mirar enérgico y su frente serena, me quita el sueño todavia! Me lo quitará siempre, porque siempre tengo su imágen amenazadora ante mis ojos.

RALP. Yo tampoco he podido olvidar nada de aquellos sucesos, pero en cambio no sufro cual vosotros.

DIC. ¿Y qué has hecho para conseguirlo?

RALP. Ya que despues de haber salvado el pellejo, como por milágro, quiso Dios que tambien me libràra de la peste, he variado por mi parte de conducta, y me he arrepentido con todo mi corazon de los pasados yerros. Imitadme y encontrareis la tranquilidad.

DIC. ¡Crees acaso que podemos pensar en ella? Nosotros los poderosos, los que poseemos la autoridad y la fortuna, no tenemos ni el tiempo suficiente para implorar al cielo, ni el derecho de ser francos. Por esto el mismo primer ministro que viene á rogar á Dios por la salud de los enfermos, deseará sin embargo que las preces del sacerdote no alcancen á librar de la muerte á una jóven depositada en este lazareto á causa del contagio.

RALP. ¿Y por qué ese funesto deseo?

DIC. Porque esa jóven es la amante de Carlos... el hijo del carretero Tomás. (*en voz baja.*)

RAL. (*en el mismo tono.*) ¿Qué dices? Aquel que nos llevamos de la posada del Cuervo?

DIC. Si.

RAL. Mas por qué el primer ministro lo ha reconocido públicamente como hijo suyo?

DIC. La razon es bien clara. Porque como de diez años á esta parte el comercio se ha estendido y aumentado considerablemente, y todos los tesoros de la Escocia han ido á parar á manos de los mercaderes, el ministro arruinado por sus continuos derroches, dió su nombre á ese niño para poder casarlo algun dia con la hija de uno de nuestros mas ricos negociantes...

RALP. Y rehacer de ese modo su fortuna? Ya comprendo.

DIC. Si, pero los imprudentes amores de Carlos destruyen todos los proyectos del Duque.

RALP. Es verdad. Mas á todo esto, no poseeis vosotros pruebas que aseguren la muerte de su verdadero padre?

DIC. No, solo tenemos las de la muerte de Catalina, si bien no tan claras como es de desear. Pero despues de 18 años que van transcurridos nada tenemos que temer. (*mirando al fondo, por donde cruzan, entrando por la puerta del lazareto, cuatro hermanas de la caridad.*) ¡Calla! Qué es esto?

RALP. Descúbrete Dickson. (*vanse las hermanas.*)

DIC. (*quitándose el sombrero.*) Quiénes son estas mugeres?

RALP. Hermanas de la caridad venidas aqui de Irlanda, para consagrarse voluntariamente al cuidado de los enfermos, y cuyo celo nos ha servido de mucho en esta calamidad.

DIK. Serán tal vez como tú, criaturas arrepentidas! Vaya, á Dios, tengo que salir al encuentro del Duque.

RALP. ¿Nos volveremos á ver?

DIC. ¿Quién lo duda?

RALP. Pues Dickson, hasta luego.

DIC. ¡Hasta la vista.

ESCENA II.

RALPH, y TOMAS.

RALP. Para ellos el oro y los placeres, y para mi... Oh! quien sirve de instrumento á la ambicion, bien merece este pago (*se vuelve á recostar como antes.*)

TOM. (*en el fondo ap.*) Aquel debe ser, segun las señas, el gefe de los mozos del lazareto. Oh! es preciso conseguir que me admita en su servicio, porque solo me falta ya registrar estos tristes lugares para encontrar lo que tanto he buscado inútilmente.

RALP. ¿Quién va? (*levantándose.*)

TOM. Un hombre que os suplica lo escucheis por un breve instante.

RALP. ¿Yo? Qué teneis que decirme?

TOM. Quisiera ser admitido entre los mozos del lazareto; me han informado de que vos podeis concedérmelo....

RALP. Os han engañado. Ademas de que el contagio no hace ya necesarios mas mozos en este sitio, ese es empleo que á pesar de todo, exi-

ge ciertas recomendaciones para conseguirlo, y vos,..

TOM. No las tengo.

RAL. Al menos os pedirán un permiso firmado por los médicos del rey: pero es inútil que querais solicitarlo porque os lo negarán.

TOM. (*ap.*)No hay esperanza. (*alto.*) Decidme, y perdonad que os moleste, los nobles á quienos acomete el contagio son tambien conducidos aqui?

RALP. Por su bien y por el de la Ciudad, toda persona atacada de la peste es conducida á este lazareto, sea quien quiera: en prueba de ello, no hace muchos dias que se hallan aqui dos Condes de Edimburgo.

TOM. (*ap.*) Ne me engañaron! (*suena una campana.*)

RALP. Vaya. Dios os guarde; esa campana me llama á la enfermeria. Buen hombre, os aconsejo que no esteis en este sitio mucho tiempo si temeis á la muerte. (*vase por el fondo.*)

ESCENA III.

TOMAS *solo.*

TOM. ¡La muerte! Oh! Largos años há que no existiera yo en el mundo, si una esperanza baga é inquieta no me aconsejase lo contrario; de todas mis indagaciones resulta que despues de mi partida, solo han muerto dos Condes de Edimburgo, el de Susex y el de Asthon; el otro á quien yo busco existe todavia y le encontraré... sí; porque estoy cierto de que aquel á quien yo herí era señor de uno de los condados de Edimburgo, y su herida es imposible de ocultar... Pero si el que busco estuviese espirando... si hubiera muerto ya... No lo quiera Dios, porque entonces nada averiguaria. Cómo penetraré en el lazareto! Si pudiese disfrazarme... ¿Qué haré, Dios mio? (*se sienta en una peña, y se queda pensativo.*)

ESCENA IV.

CARLOS, TOMAS.

CAR. Héme aqui á las puertas de la abadía de Durhan,.. Por qué detengo el paso en sus umbrales? No tengo ya el permiso que tanto he deseado? Si, pero Enriqueta me habia obligado á jurar por mi honor, que no vendria á verla en tanto que estuviese en la abadia!

TOM. ¿Quién es este joven? (*reparando en Carlos y levantándose.*)

CAR. Oh! yo no puedo vivir en la terrible incertidumbre de su estado. Ella conocerá cuanto la amo, y sino cumplo la palabra que le di; al menos verá que espongo mi vida por su cariño, y perdonará mi ligereza. (*va á entrar por la puerta grande.*)

TOM. ¿A dónde vais? (*deteniendole.*)

CAR. Traigo una licencia para entrar.

TOM. ¡Una licencia! ¡Que escucho! Oh! por favor, por favor, caballero.

CAR. ¿Qué me quieres? (*con estrañeza*)

TOM. No pudiera servir esa licencia para dos?

CAR. No: ¿por qué lo preguntas?

TOM. Porque daria la mitad de mi vida por solo penetrar en el lazareto. Si vos quisierais, señor... mi vida... mi sangre toda por esa licencia... Vos podreis obtener otra, y ademas, aun sois demasiado jóven para no temer la muerte que ahí dentro os amenaza.

CAR. Lo sé... pero, ¿y tú?

TOM. Yo no la temo... solo quiero entrar á toda costa.

CAR. ¿A quién vienes buscando?

TOM. A un hombre.

CAR. Hermano, amigo tuyo?

TOM. No, enemigo.

CAR. Y para qué, si el contagio te venga lo bastante?

TOM. Ese es mi temor.

CAR. Temeis que muera?

TOM. Si; porque quiero saber de sus labios en donde está el hijo que me robó!

CAR. Como! te robó...

TOM. Mi hijo! Mi única esperanza y alegria!

CAR. ¿Cuándo?

TOM. Hace veinte años.

CAR. ¡Y tú no se lo reclamas hasta ahora?

TOM. Si, porque hasta ahora no he vuelto de un largo destierro.

CAR. ¿Dices que se halla aqui el que te ha robado á tu hijo?

TOM. Lo espero al menos.

CAR. ¿Y le reconocerás?

TOM. Estoy seguro.

CAR. ¿Y si yo te diese esta licencia, ¿qué harias en agradecimiento?

TOM. Todo!... escepto un crimen.

CAR. Escucha. No son como á ti la ira y el agravio los motivos que á este sitio me conducen, sino la inquietud y el amor, aunque al separarme del angel á quien adoro, me obligó á jurar que no vendria imprudente y ciego á este lugar de tristeza y de sufrimientos. Pero la impaciencia me consumia, el sobresalto me quitaba el sueño y el reposo, y ya iba á faltar á mi palabra, cuando tu voz me detuvo. Ah! he sido un loco; toma tú esta licencia, hija de mi debilidad, y haz ahora en cambio lo que voy á decirte. (*le da un papel.*)

TOM. Hablad, Señor, hablad. ¿Qué no haré yo por pagaros merced tan señalada? Qué exigis de mi?

CAR. Tan solo que averigües el estado de la muger á quien amo, sea cual sea, porque todo es preferible á la penosa situacion en que me encuentro.

TOM. ¿Y el nombre de esa joven?

CAR. Enriqueta.

TOM. El de sus padres...

CAR. Nunca los conoció.

TOM. Su edad...

CAR. Diez y ocho años.

TOM. ¿Y dónde os veré despues?

CAR. Aqui mismo; pero, ¿y si acometido por esa terrible enfermedad perecieseis antes de volvernos á ver?

TOM. Si asi sucede, ninguna reconvencion tendré que haceros por haberme cedido vuestro pase, porque voy resuelto á todo, y ya lo estaba de antemano.

CAR. Entonces... A Dios, buen hombre, el cielo te proteja.

TOM. El cielo salve al objeto de vuestro cariño. Hasta luego. (*vase por la puerta grande.*)

ESCENA V.

CARLOS *solo.*

CAR. Sí, yo confio en que la providencia la salvará... ¡Oh! ya quisiera que estuviese ese hombre de vuelta, y apenas se ha separado de mí! Mas si á su llegada Enriqueta hubiese dejado de existir... Si mis temores se realizan!.. Esperemos la felicidad ó la muerte.

ESCENA VI.

DICHOS, ROBERTO, DICKSON.

ROB. (*examinando la escena y adelantándose con terror.*) ¿Por qué me has traido tan cerca de ese funesto asilo? (*señalando al interior.*)

DICK. Porque he visto dirigirse á él á Carlos, y como no queriais creerme, voy á convenceros en el acto.

ROB. ¿Pero no te he dicho que me despidió á las puertas de Edimburgo, y que en seguida se volvió á la ciudad?

DICK. Sí, pero el camino es corto y en pocos minutos... Miradle. (*señalando á Carlos, Roberto se acerca poco á poco á Carlos que no ha oido el diálogo precedente, y le da dos palmaditas en el hombro. Carlos se levanta sorprendido de hallarse con su padre.*)

CAR. ¡Padre mio!

ROB. ¿Conque es decir que para vos no hay consejos que basten? Que hasta abandonais el servicio de S. M. por venir en pos de esos necios amores, y que persistis en ellos contra lo que os tengo mandado y en mengua de vuestro honor y de mi dignidad?

CAR. Milord!..

ROB. Sí, lo repito; en mengua de vuestro honor, caballero; yo lo sé, yo que antes de separaros de esa muger he querido cerciorarme de si en su misteriosa existencia conservaba un corazon puro y digno de ser querido. Ella os ha dicho que debia su opulencia á un protector generoso y desinteresado, ha hecho á vuestros ojos el interesante papel de una criatura inocente, luchando sola contra las tempestades de la vida! ¿no es cierto? Pues bien, sabed que os ha engañado miserablemente.

CAR. Qué me ha engañado! Imposible, padre mio; vos no la conoceis.

ROB. Pero he sabido descubrir el misterio de su conducta. Mis agentes, Dickson y yo hemos visto á ese decantado protector que se disfraza y se oculta el rostro con una máscara, entrar muy amenudo en casa de vuestra amante...no en medio del dia sino á las altas horas de la noche, y entre espesas tinieblas. ¡Cómo! Un tutor generoso que quiere que su pupila sea á la vez dichosa y honrada, elije para verla, responded, la hora del sueño y de los placeres? Quien tal hace no es un protector desinteresado, sino un amante cauteloso que la enriquece y la protege.

CAR. Milord, Milord, por piedad!

ROB. Y en tanto que esto sucede, un joven de una ilustre casa, heredero de un título, de un nombre esclarecido, olvida su posicion, se postra á los pies de esa muger, y sufre por ella cuantos tormentos pueden imaginarse, sin que se le ocurra la idea de que otro cuyo nombre se averiguará al fin, rie y se mofa de su debilidad.

CAR. Padre mio! eso no es cierto... no puede serlo... lo repito..! os equivocais...

ROB. ¿Qué me equivoco decis? Tal vez; no me revelo contra esa incredulidad, pero al mismo tiempo me reservo el derecho de convenceros y de consolaros. Hasta entonces espero que no renovaremos escenas de esta especie, y por ahora partid en el instante al palacio Real de Edimburgo; tal es mi deseo, tal es mi órden y os la doy sereno y sin rencor; á vos os toca no despertarlo en mi pecho.

CAR. Os obedeceré.

ROB. (*á Dickson presentándole la mano derecha*) Dickson, quítame este guante. (*Dickson se le quita.*) Carlos, nada tengo que preveniros. Partid, pero antes vuestro juez como segura señal de que os perdona, permite que le beseis la mano. (*Carlos besa la mano á Roberto.*)

CAR. Milord, el cielo os guarde. (*vase.*)

ESCENA VII.

ROBERTO, DICKSON.

ROB. (*despues de seguir con la vista á Carlos, así que este ha desaparecido, hace un gesto á Dickson para que le ponga el guante; Dickson le obedece.*) Ya se fué; pero tan amante como siempre... Esa pasion va á echar por tierra mis proyectos... si esa joven hubiese muerto... Cuanto me alegraria! escucha, Dickson; despues de celebrado el oficio divino, yo arengaré á los fieles, y entretanto tú volverás aqui para informarte detenidamente de la suerte de esa Enriqueta, me entiendes? Necesito saberlo antes de regresar á Edimburgo. Vamos, la hora de la misa se acerca, y el primer ministro no debe hacerse esperar. Despues...

DIC. Lo he comprendido. (*vanse.*)

ESCENA VIII.

CARLOS, *despues* TOMAS.

Saliendo por la izquierda y mirando por donde se acaba de marchar Roberto.

CAR. Por fortuna se han alejado de aquí. No he tenido suficiente fortaleza para irme sin averiguar... Oh! padre mio! no sabeis el veneno que habeis derramado en mi alma! Enriqueta perjura! infame!.. no, no lo creo, le han engañado, ha querido tal vez engañarme...

TOM. Regocijaos, caballero! La he visto! Se ha salvado! (*saliendo.*)

CAR. ¡Se ha salvado! (*con alegria.*)

TOM. Y de tal suerte, que en este momento se dispone á partir para Edimburgo.

CAR. ¡Gracias, Dios mio! pero estás cierto de que era ella?

TOM. Si señor! ella misma! Diez y ocho años, hermosa como un angel!.. La he hablado, se llama Enriqueta, y al anunciarme su partida me preguntaba con una celestial alegria, si me habia enviado en su busca un hombre enmascarado que debia venir por ella.

CAR. Un hombre enmascarado! Oh! no mintieron!

TOM. ¿Qué teneis?

CAR. Ese hombre por quien te preguntó es mi rival, me estaban engañando!

TOM. ¡Qué decis! Imposible..! apostaría mi cabeza. Aquella hermosa niña solo respira inocencia y candor. Dichoso vos, señor, que volvereis á verla; yo en tanto, víctima de mi adversa fortuna, no he encontrado al hombre que buscaba, pero á favor de vuestro pase voy á informarme á los otros lazaretos. Pedid á Dios me proteja y no calumnieis tan de ligero á esa jóven encantadora.

CAR. ¿Te vás?

TOM. Sí, pero pronto me encontrareis en Edimburgo, y allí como en todas partes, vuestra voluntad será para mi un precepto sagrado. (*vase.*)

ESCENA IX.

CARLOS *solo.*

CAR. Tiene razon, es imposible que Enriqueta olvide sus juramentos! Ese hombre enmascarado será un protector generoso... será... todo menos su amante... Dijo que iba á partir dentro de poco! La seguiré, la seguiré sin ser visto, y sabré descubrir su secreto. (*mirando al interior.*) Viene gente!.. Una hermana de la caridad! y una jóven con ella! ¡Qué veo! Es Enriqueta! la agitacion que me domina... Cielos! quitadme de una vez tan horrible sospecha ó dadme fuerza para arrancar de mi pecho esta loca pasion!

ESCENA X.

CARLOS, CATALINA, ENRIQUETA.

ENR. Dejadme ahora, buena hermana... aqui se siente el aire libre... no me acongoja ya la soledad... aguardaré sola.

CAT. Vais á marcharos, hija mia, y una vez separadas, Dios sabe cuando nos volveremos á ver...

ENR. Oh! Si alguna vez pasais por Edimburgo...

CAT. Yo nunca iré á Edimburgo.. (*rápidamente.*)

ENR. ¿No conoceis esa hermosa ciudad?

CAT. La he visto en otro tiempo...

ENR. ¿Y no deseais volver á ella?.. por mi parte... quisiera tener alas... Pero conozco que mi impaciencia debe cansaros...

CAT. Teneis disculpa, hija mia; la persona que esperais se ha retardado una hora en venir á buscaros; pero aun no estais en edad de deplorar el tiempo perdido, porque segun me habeis dicho, todavia no teneis diez y nueve años.

ENR. No los cumplo hasta el próximo mes.

CAT. El mes que viene.. ¡y os llamais Enriqueta!

ENR. Si.

CAT. ¿Y jamás os han dicho el nombre de vuestra madre?

ENR. Jamás.

CAT. Enriqueta!.. ¿Conque os llamais Enriqueta?

ENR. Buena hermana, todos los dias me haceis esa pregunta muchas veces.

CAT. Es que asi se llamaba tambien una jóven... de vuestra misma edad!.. Ah! Si supierais lo que ese nombre significa para mí!..

ENR. El qué? hablad... parece que sufris...

CAT. Sí... porque una esperanza... pero no... me he engañado... no es una esperanza, no. Es un recuerdo.

ENR. Un recuerdo que os hace padecer?

CAT. Si... y que quiero desterrar... Asi, pues... hija mia... hablemos de vos... de Edimburgo... del que debe venir á buscaros.

ENR. ¡Cómo tarda! (*con impaciencia.*)

CAT. (*ap.*) No puedo dejarla sola.

ENR. ¡Hermana!

CAT. ¿Qué es?

ENR. El, que viene, le he divisado.

CAT. ¿El que viene por vos?

ENR. Sí... ¿Pero por qué llorais?

CAT. Porque me cuesta mucho separarme de vos.

ENR. Oh! yo os prometo que nos volveremos á ver.

CAT. No sé porque yo tambien tengo esa esperanza... A Dios, hija mia.

ENR. A Dios, mi buena hermana. (*Catalina, despues de haberla abrazado entra en la abadia.*) Ya esta aqui mi bienhechor. (*Mirando á la derecha. Corre á echarse en los brazos de un enmascarado envuelto en una larga capa.*)

ESCENA XI.

Carlos, Enriqueta y Jacobo, *envuelto en una capa y cubierto el rostro con una mascarilla.*

Jac. ¡Enriqueta! (*estrechándola en sus brazos.*)
Car. (!El hombre encubierto!) (*acercándose.*)
Jac. ¿Me has conocido á pesar de la mascarilla?
Enr. ¿No estoy ya acostumbrada á conoceros asi?
Jac. El cielo ha escuchado mis súplicas, y te ha devuelto á mis brazos...: he pasado muchas y penosas noches pidiéndole el término de tus padecimientos.
Enr. La mejor recompensa que por ellos ha podido concederme el Señor, es la de volver á abrazaros!
Car. ¿Qué dices?
Jac. Déjame besar esa frente. (*quitándose la mascarilla.*) cuya pureza no ha podido marchitar tu penosa enfermedad.
Enr. ¡Siempre tan bondadoso conmigo! (*echandose en sus brazos.*)
Car. ¡Infeliz de él!.. (*se acerca.*)
Enr. ¿Y cuándo partiremos?
Jac. Cuando tu dispongas.
Enr. Ahora mismo.
Jac. Deja que me ponga la mascarilla.
Car. (*acercándose al mismo tiempo é impidiéndolo.*) Esa precaucion viene tarde. (*mirándole y retrocediendo aterrado.*) ¡Gran Dios!
Jac. No me nombreis.
Enr. ¡Carlos!
Jac. Me esplicareis esta ofensa, caballero... Enriqueta, apártate.
Enr. Pero...: advertid, señor, que... (*vacilando.*)
Jac. Retírate; te llamaré cuando sea necesario... Enriqueta, yo te lo mando.
Enr. Obedezco. ¡Cárlos aqui! (*ap.; vuélvese á llegar á la puerta, y entra en la abadia á una nueva seña imperativa de su protector.*)

ESCENA XII.

Jacobo, Carlos.

Car. A vuestros pies, señor, (*arrodillándose.*) aguardo mi castigo!
Jac. Levantaos, y responded!.. (*Càrlos se levanta.*) Qué sentimiento os ha impelido á salir á provocar, no al Rey, sino al hombre que aqui se hallaba.
Car. Una pasion que en vano querria ocultar, la de los celos.
Jac. ¡Celos!
Car. ¡Ahora, señor, pronunciad mi sentencia!.. Todas las desdichas de la tierra son nada al lado de la que acabo de esperimentar. Yo amaba mas que la vida á esa muger, causa de la ofensa que os he hecho... la amaba mas que mi felicidad, mas que la gloria.. y tan cruel desengaño es el que me ha hecho culpable; pero estais harto vengado, señor, porque ha sido para mi un golpe mortal ver cubierto de baldon y de aprobio, el puro y radiante ídolo que yo habia divinizado...
Jac. (*despues de un movimiento mal reprimido.*) Es decir, que tú amabas á Enriqueta?
Car. Como un loco, señor.
Jac. ¿Pero y ella, te ama?
Car. ¡Ella!.. tan falsa como hermosa... lloraba si me veia triste, se alegraba cuando me veia dichoso!..
Jac. ¡Qué objeto llevabas en esos amores!
Car. Llamarla mi esposa algun dia.
Jac. Y qué te ha hecho creer que es criminal?
Car. Todo, ahora que ha caido de delante de mis ojos la venda que me cegaba... su vida, su opulencia, su misterio...
Jac. ¿Y si eso que creeis fuera un error?
Car. Señor... merezco vuestro enojo, no hablemos de Enriqueta... castigadme... vuestro perdon me apesadumbraria.
Jac. ¿Pero, y si te engañas?
Car. No me engaño, no, sé lo que Enriqueta es para vos.
Jac. ¡Es mi protegida!
Car. Y mas que eso tal vez.
Jac. ¿El qué?
Car. Señor, sois el Rey.
Jac. No importa; dí.
Car. Vuestra querida!
Jac. Mientes! es mi hija!
Car. ¡Enriqueta!
Jac. Silencio!
Car. Enriqueta es pura! Oh! Señor! Perdonadme.. tened piedad de mi! (*arrojándose á sus pies.*)
Jac. (*levantándole.*) Y si me rodeo de tanto misterio, es porque su nacimiento se refiere á una época que me impide declararlo... tú no sabes quien fué su madre?
Car. Lo adivino, señor... y sé que Enriqueta no es responsable del crímen de Catalina Patrik.
Jac. ¡Catalina! (*con dolor tendiéndole la mano.*) Tiene un corazon noble y generoso... Enriqueta se halla en una edad en que toda alma tierna y delicada sufre con el aislamiento; deseo que su esposo sea un jóven discreto, esforzado, digno de ella, y tal vez tú llegues á ser ese jóven algun dia.
Car. Señor... daria gustoso toda mi sangre por merecer esta dicha.
Jac. Ahora vuélvete á palacio; no quiero que te vea, porque temo alguna imprudencia.
Car. Teneis razon; no sé si podria reprimir mi júbilo. Me retiro. (*dirígese hácia el lado del lazareto.*)
Jac. No es ese el camino, (*deteniendole.*) por aqui...
Car. Sí, pero...
Jac. ¿Qué?
Car. Si supieseis...
Jac. Todo lo sé... vete. (*empujándole.*)

CAR. ¡El cielo os proteja!
JAC. El te guie. (*vase por el foro Carlos.*)

ESCENA XIII.

JACOBO *solo, siguiéndole con la vista.*

JAC. Por fin le hice alejar... ha equivocado el camino?.. No... vá fuera de sí de alegria!.. Corre... se detiene... vuelve á andar... El júbilo no le va á dejar que llegue á Edimburgo... Cuando considero que muchas veces mirándole le habia yo deseado para esposo de mi Enriqueta... Ah! los arcanos de la Providencia son incomprensibles!.. Cómo haré ahora para llamar á Enriqueta... ella debe estar con cuidado... ah! aqui sale.

ESCENA XIV.

JACOBO. ENRIQUETA.
(*Enriqueta sale del lazareto y mira en torno suyo con inquietud.*)

JAC. (*advirtiéndolo.*) No, no está ya... acaba de marcharse, y me ha encargado que te diga, que se alejaba contento.
ENR. ¡Contento!
JAC. Si, nos hemos esplicado; yo le conocia mucho tiempo ha... figúrate que estaba celoso!
ENR. ¡Celoso!
JAC. Si, ¿no sabes que Cárlos te ama?
ENR. Si, lo sé. (*con candidez.*)
JAC. ¿O acaso con tu enfermedad lo habrás olvidado?
ENR. No le he olvidado ni un solo instante.
JAC. ¿De veras? Pero vamos á ver, y tú, ¿le amas?
ENR. Si le conoceis, debeis adivinar mi respuesta.
JAC. Entonces puedo anunciarte una buena noticia.
ENR. Relativa á Cárlos?
JAC. Si.
ENR. Oh! decídmela, pero pronto: (*con viveza.*) ¿cuál?
JAC. Aguarda... es preciso un poco de calma.... mas tarde, no puedo decírtelo aqui...
ENR. ¿Pues no estamos solos? (*mirando al foro.*)
JAC. (*ap.*) Seamos prudentes; el otro se fué con el juicio trastornado; no es cosa de volvérsele á esta tambien. (*alto.*) Una noticia, hija mia, que no puedo decirte hasta que lleguemos á Edimburgo.
ENR. Pues echemos á andar.
JAC. Ahora vamos. (*poniéndose la mascarilla.*)
ENR. Me va á parecer eterno el camino.
JAC. Haremos poner el tiro doble.
ENR. Si, iremos muy de prisa. Vamos pues, vamos. (*cerca de la salida de la izquierda.*)
JAC. (*al salir.*) Ya voy, aguarda, ya voy. Con estos enamorados no se puede respirar siquiera. Vamos.

ESCENA XV.

CATALINA *sola.*

(*Sale de la abadia y los sigue con la vista.*) Se marcha con su protector!.. Dios mio! ¿por qué habeis despertado en mi corazon tan dulce esperanza, tan desgarradores recuerdos!... No, no es mi hija... era una vana quimera... pero se llama Enriqueta, y tiene diez y nueve años! Que feliz me contemplaba viéndola... parece que la existencia me ha abandonado desde que ella se ha separado de mi! pero no va lejos... De Edimburgo aqui no hay mas que ocho leguas... Edimburgo! Cuando me cupo en suerte venir á Escocia juré no volver á esa ciudad, y ahora siento una fuerza irresistible que me llama á ella... No; yo no puedo vivir aqui mas tiempo; es preciso que las noches al menos me sea dado pasear por debajo de los balcones del rey de Escocia, es preciso sobre todo que yo vuelva á ver á esa jóven... Andando toda la noche, mañana al rayar el dia estaria en la ciudad; pero como averiguaré la habitacion de Enriqueta? (*quedase pensativa.*)

ESCENA XVI.

CATALINA, DIKSON.

DIC. (*saliendo por el foro ap.*) Una hermana de Irlanda: desempeñemos la comision que me ha dado el Duque Roberto preguntándola acerca de esa joven. (*alto.*) Decid, hermana...
CAT. ¿Qué quereis?
DIC. Queria saber si podriais darme noticias acerca de una jóven cuyo nombre es Enriqueta.
CAT. Está ya buena... y fuera de aquí.
DIC. (*ap.*) ¡Diantre!
CAT. ¿La conoceis?
DIC. La conozco, si... (*mirándola á Catalina, ap.*) ¡Gran Dios!
CAT. Entonces podreis tal vez decirme en qué punto de Edimburgo habita.
DIC. Ella es, no hay duda. (*ap.*)
CAT. Decid!
DIC. En el arrabal del norte. (*alto.*)
CAT. El arrabal del norte... bien está... gracias. (*vase precipitadamente por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

DIKSON, *á poco* ROBERTO.

DIC. (*despues de verla marchar.*) ¡Catalina! Catalina Patrik..., aqui.... Oh! no puede ser.... será alguna que se le parezca... Cómo habia de hallarse entre las hermanas de Irlanda?.. Pero ahora que reflexiono en ello: cuando salió de Escocia se dirijió á Irlanda... para consagrarse al catolicismo... Oh! ella es sin la menor duda... Mas que por la semejanza que me

ha chocado, lo creo por este temblor que me agita, y este sudor frio que me yela.

Rob. ¿Y bien, Dikson? (*saliendo por el foro.*)

Dic. ¿Sois vos, señor?

Rob. ¿Y la jóven?

Dic. Está ya buena; pero no se trata ahora de eso.

Rob. (*reparándole.*) Cómo tiemblas! Acaso la peste...

Dic. No, milord, sino que acabo de ver...

Rob. ¿A quién?

Dic. A Catalina Patrik.

Rob. ¡Mientes!

Dic. No, milord... Catalina vive... Catalina, á quién no habiamos podido hallar nunca, se habia refugiado á un claustro, y acaba de entrar aquí como hermana de Irlanda.

Rob. Catalina! viva!.. Catalina en Escocia!.. tan cerca de Edimburgo..!

Dic. Sí, Milord.

Rob. Afortunadamente, por ahora se halla encerrada en estos lazaretos.

Dic. Ya no lo está, milord... Acaba de ponerse en camino para Edimburgo.

Rob. Desdichado! En Edimburgo la seria fácil ver al rey.

Dic. Sí... durante nuestra ausencia.

Rob. Es preciso que nosotros lleguemos á la ciudad antes que ella...

Dic. Su sentencia es terminante, Milord.

Rob. Su muerte pública podria sernos fatal.

Dic. Pero con una palabra puede perdernos.

Rob. Oh! no la daremos tiempo para pronunciar esa palabra; porque débil y sin amparo, ha venido á caer en nuestras manos poderosas... Y en estos tiempos de peste, Dikson se recogen los cadáveres sin contarlos... Sígueme. (*vanse rápidamente por la puerta del foro.*)



ACTO SEGUNDO.

Cuarto en lo interior de la casa de Enriqueta. Este cuarto está antes de un vestíbulo que se ve por los calados de la pared del fondo, cubierta de estantes ó armarios, hasta una altura regular. En el fondo, á la izquierda, una puerta que se abre hácia el vestíbulo. Puerta lateral á la derecha, ventana lateral á la izquierda; sillas y mesas á derecha é izquierda; sobre la de la izquierda una bandeja con botella y vasos.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA, ENRIQUETA, BETTY.

Al levantarse el telon, ENRIQUETA elegantemente vestida, concluye de hacer su tocado, ayudada por BETY; CATALINA sentada está concluyendo una corona de flores.

Enr. Bien está...(*á Betty.*)

Bet. Aun no he acabado.

Enr. Válgame Dios, cuanto tardas!

Bet. Tened un poco de paciencia, que ya estoy atando la última cinta.

Enr. Está ya?

Bet. Ya está.

Enr. Ahora mis joyas.

Bet. Por fin os voy á ver con este collar. (*cojiendo un collar.*)

Enr. Es muy bonito, no es verdad? (*mirándole.*)

Bet. Yo no he visto otro semejante.

Enr. Es verdad... despacha. (*Betty la pone el collar y va por los brazaletes.*)

Bet. Pues los brazaletes son tan bonitos como el collar.

Enr. (*á Catalina mientras que Betty la pone los brazaletes.*) Como, buena hermana... ya no trabajais?

Cat. (*que la ha estado contemplando durante el diálogo.*) Os estaba mirando, hija mia! no me falta sino atar una flor, (*la ata.*) para concluir la corona.

Enr. Y cuando esté en mi cabeza estaré adornada del todo.

Cat. Venid, ya está acabada.

Enr. (*arrodillándose delante de ella; á Catalina que la mira.*) Un poco de lado... ya sabeis hermana. Y bien?...

Cat. (*la pone la corona, ap.*) Que hermosa es!

Enr. (*levantándose y arreglando los pliegues del vestido.*) Ahora ya estoy dispuesta; me hallais bien asi?

Cat. Sí, muy bien.

Enr. Y tú, Betty, qué dices?

Bet. Yo pasaria todo el dia mirandoos.

Enr. Ah! sin duda que estoy muy bella, segun la dicha que siento en mi misma; por eso como veis me he puesto todo lo mas hermoso que tengo, collar, brazaletes, flores... Antes de mi enfermedad vivia dichosa, pero sin reparar en la belleza de todo lo que existe sobre la tierra; ahora me gusta el dia por su claridad, las flores por su balsámico olor, y el oro por su brillo. Cuando esta mañana, como de costumbre, he visto salir el sol sobre la ciudad dormida al marcharse mi protector... he llorado porque admiraba por primera vez la grandeza de Dios, en lo hermoso de la naturaleza.

Bet. (*á Enriqueta.*) Señorita, me necesitais para alguna cosa mas?

Enr. No, Betty, ya te puedes retirar... la hermana no se separará de mi hasta la noche, hasta entonces ya ves que no estoy sola.

Bet. Hasta la noche, señorita.

Enr. Hasta la noche, Betty. (*vase Betty.*)

Cat. (*con inquietud.*) Hija mia, ¿vuestro protector ha de volver pronto á veros?

Enr. Ya no volverá hoy.

Cat. (*sosegada.*) Entonces por qué os adornais tanto?

Enr. Por él.... por Carlos..... á quien podré recibir sin rebozo,.. porque mi protector me ha dicho... juzgad vos si soy dichosa. Temo, buena hermana, que un pesar imprevisto venga

á turbar mi felicidad; porque me parece que todas las alegrias juntas son hoy para mi.

CAT. ¿Pero qué es lo que os ha dicho vuestro protector?

ENR. Es verdad... se me olvidaba decíroslo... me ha dicho que me casaré con Cárlos.

CAT. Y, Cárlos es digno de vos?

ENR. Cárlos es el mas noble y el mas generoso de los hombres, puedo hacer su elogio con seguridad, porque no soy yo la única que le admira; mi protector me ha prometido que dentro de dos meses... ¿estareis todavia en Edimburgo dentro de dos meses?

CAT. No... hija mia... no... ya no estaré aqui cuando vos os caseis.

ENR. Quién sabe, ayer deciais que no vendriais jamás, y hoy os encontrais á mi lado.

CAT. Sí, no he podido resistir á la dicha de venir por un solo dia, y cuando pasaba por la calle, cuando habeis corrido á abrirme la puerta, y os habeis arrojado en mis brazos, he dado gracias al angel que me habia inspirado... Pero esta noche me ordena que parta... ¿nada, no os han contado nunca de vuestra madre?

ENR. Nada. En vano he preguntado.. me parece que he nacido en esta hermosa y grande casa en que habito, en la que no he visto nunca sino á mi protector, generoso, pero reservado y grave, y á una anciana virtuosa que ha cuidado de mi juventud, y que ha sido víctima de la peste. Mi protector vá á comprarme ahora una hermosa casa de campo... decidme, buena hermana, querriais?..

CAT. ¿Qué? hija mia?

ENR. Ocupar á mi lado, el lugar de la que me ha servido de madre?

CAT. (*despues de un momento de duda.*) No puedo, hija mia. Pero decidme... soy muy indiscreta.

ENR. Hablad sin recelo.

CAT. Vuestro bienhechor no os ha dicho jamás cuál es la causa de obrar con tanto misterio?

ENR. Cuando se lo he preguntado, me ha respondido siempre: Enriqueta, de todo esto, lo único que puedo revelaros, es que hace bastantes años que prometí á vuestro padre que os socorreria, y os amaria como si fueseis mi hija.

CAT. Ya veo que ha cumplido fielmente su promesa.

ENR. Asi es que yo le quiero como si fuese mi padre. (*llaman á la puerta.*) Llaman... es Cárlos... (*corre á abrir.*) No es él... (*retrocediendo*)

ESCENA II.

Los mismos, ROBERTO.

ROB. (*ap. reparando en Catalina.*) Aqui está... (*á Enriqueta.*) Señora, ¿permitis al Duque Roberto la entrada en vuestra casa?

ENR. El Duque Roberto ¡Qué mi casa se vea honrada á menudo por él.

ROB. Gracias... (*ap. entrando.*) Esta jóven es hermosísima. (*á Enriqueta.*) Siento que no sea á vos, hermosa dama, á quien se dirije mi visita en este momento, sino á la hermana de Irlanda vuestra huéspeda.

CAT. (*levantandose, ap.*) Qué me querrá?

ENR. Me retiro, Milord.

ROB. No, os suplico condescendais con mi deseo de que seais testigo de nuestra conversacion.

CAT. (*ap.*) Si habré sido descubierta?

ROB. Estoy cierto de que mas que ninguna otra persona aprobareis el motivo de mi venida á vuestra casa. La Escocia reconocida ha mandado acuñar una medalla, que quiere ofrecer como muestra de gratitud y de reconocimiento á todas las hermanas de Irlanda que se han sacrificado por ella durante la peste. Encargado por el Rey Jacobo IV, de distribuir esta justa recompensa, y habiendo sabido que acababa de llegar á Edimburgo una de las hermanas, y que habia entrado en esta casa, me he apresurado á empezar por ella á cumplir con mi comision. (*á Catalina.*) Recibid, pues, hermana, esta medalla que el pais reconocido destina para vos. (*le dá una medalla.*)

ENR. Bien merecida la tiene... Milord...

CAT. (*recibiendo la medalla.*) Milord, yo doy gracias á la Escocia, que demasiado indulgente, califica de celo y de valor, una cosa que no ha sido sino cumplir con nuestro deber, y esta medalla será para mi de tanto mas precio, cuanto que en ella se vé estampado el busto del Rey Jacobo IV, y grabado el nombre del pais que me la dá.

ENR. Dichoso, Milord, el que en la cima del poder como vos, puede recompensar, absolver y consolar.

ROB. Dichoso habeis dicho!.. Conservad, hermosa jóven, esa dulce idea de los hombres y de las cosas!.. Dichoso!.. yo que soy el eco de todos los pesares!.. el juez de todos los crímenes! Yo que hoy mismo me veo obligado, por la tranquilidad de Escocia, á ser el agente secreto de la ejecucion de una muger sentenciada á muerte.

ENR. ¿Una muger?

ROB. Ay! sí, la cuchilla de la ley que me veo precisada á conducir frecuentemente, debe caer sobre ella sin ruido en medio de las sombras.

ENR. ¿Y por qué, Milord?

ROB. ¿Por qué?.. voy á esplicároslo, pero para que podais entenderme, es preciso que empieze por cosas pasadas, (*á Enriqueta.*) que quizá no habreis sabido nunca, señorita... (*á Catalina.*) Que vos, hermana, habreis tal vez olvidado!..

ENR. Tomad asiento, Milord!.. ya os escuchamos.

ROB. (*sentado.*) Antes que Jacobo IV fuese Rey de Escocia, llevaba el nombre de Enrique, bajo el cual se casó con una jóven del estado llano, llamada Catalina Patrick. (*Catalina se*

conmueve.) Cuando Jacobo tuvo conocimiento de la sangre real que corria por sus venas.... Catalina su muger, que aspiraba á subir con él al trono, hizo asesinar á Jacobo III, padre de nuestro Rey, que felizmente pudo al tiempo de morir escribir á su hijo una carta en que la acusaba de su muerte... Pero Catalina, que era tan prudente como habia sido infame, recurrió á la fuga... Sin embargo, los Lores se reunieron, y siendo las pruebas del asesinato irrecusables, condenaron á muerte á Catalina, que fué ejecutada en estátua como contumaz. Diez y ocho años habian transcurrido desde entonces, y ya se habia olvidado todo lo acaecido, cuando han venido á avisarme que Catalina, ha tenido el atrevimiento de volver á Escocia, y que se halla en este momento en Edimburgo... De suerte que como primer Ministro, me veo forzado à mandar hoy su prision, y á preparar la ejecucion de su castigo. (*á Catalina.*) ¿Qué es lo que os sucede hermana?

CAT. Tiemblo por esa muger.

ROB. (*prosiguiendo.*) Ahora que el pais está agotado de resultas de la peste que aun le aflije, ahora que todos lloran alguno de los suyos, que todos buscan en la tranquilidad y en la oracion una esperanza de que necesitan... decidme, será prudente levantar un cadalso, y asustar á las jentes con la vista de una muger parricida, que es arrastrada al suplicio? Ahora que nuestro Rey, delicado é inquieto, busca la salud en la calma y en el reposo, se le debe recordar de golpe el horrible asesinato de su padre? Se debe derramar á su vista la sangre de la que en otros tiempos partió con él su casa y su lecho?.. No!.. Eso es lo que yo quiero evitar por mi Rey, y por mi pais. Pero sin embargo, nó puedo salvar á Catalina sin cometer un crímen de lesa magestad... En tan crítica posicion, he reunido secretamente el Consejo, y se ha decidido que Catalina muera sin que el pais pueda tener de ello el menor conocimiento... Consiguiente á lo que acabo de decir, ved aqui lo que he resuelto... voy á acercarme á ella y á decirla... El cadalso se está levantando para tí, y cuando dá la hora de tu suplicio, vengo á sacarte del horror de la ejecucion... te traigo un veneno, que primero aletarga y luego mata... Cuando le hayas bebido, diremos que la peste ha ejercido en tí sus estragos... y serás sepultada al lado de tus hermanos... entonces será preciso que me arme del suficiente valor para darla el veneno, y para ser yo solo el ejecutor de tan terrible justicia...

ENR. Eso es horroroso... Dios mio!

ROB. Creeis ahora, joven, que se pueda llamar dichoso al Duque Roberto...? Le condenareis por su criminal y doloroso valor?

ENR. Os compadezco, Milord...

ROB (*Catalina no puede responder.*) Y vos hermana... (*á Catalina.*) Ahora me resta (*á Enriqueta.*) hablar un poco en secreto con la hermana de Irlanda. Me permitis que me quede con ella un momento?

ENR. Me retiro, Milord. (*Roberto la acompaña hàcia la derecha.*)

ESCENA III.

DICHOS *menos* ENRIQUETA.

CAT. (*ap.*) ¡Dios mio!

ROB. Ea, Catalina Patrick.. (*se acerca á la mesa y echa el veneno en un vaso.*) he aqui la bebida que adormece y que quita la vida lentamente... Cuando la hayas bebido, haremos creer que has muerto de la peste...

CAT. Milord... soy inocente!

ROB. Está escrita tu sentencia.

CAT. Milord... ya sé que no puedo apelar de ella.

ROB. Y que es lo qué debes hacer?

CAT. Morir.

ROB. (*señalando al vaso.*) Te traigo una muerte facil y tranquila.

CAT. Milord... no os pido sino un dia de tiempo..!

ROB. Imposible.

CAT. Vedme á vuestros pies..! tan solo hoy..!

ROB. Ese es un lazo que me tiendes para escaparte.

CAT. ¿Y cómo podria hacerlo, Milord? No quiero sino un dia, y esta bebida...

ROB. Ya te horroriza... (*llevándola hàcia la ventana.*) Pero no ves desde aqui los esbirros que solo aguardan mi orden para conducirte al cadalso?

CAT. (*retirándose horrorizada.*) Dios mio..! bien sé que podeis disponer de mi vida... recurro á vuestra generosidad..!

ROB. Mi generosidad!.. tú me has hecho arrepentir de haberla usado contigo... por otra parte yo no te podria salvar... El Consejo aguarda la prueba de tu muerte... escoje!... decide, ¿cómo quieres morir?

CAT. Milord... una sola hora!

ROB. Ya que te obstinas, otros se encargarán de tan justa venganza! Voy á decir desde aqui que aun existes.

CAT. Deteneos, Milord!

ROB. Bebe!

CAT. (*despues de hacer un gran esfuerzo coje el vaso y le deja sobre la mesa.*) No puedo..!!

ROB. El cielo me es testigo de mis inútiles esfuerzos... que vengan los esbirros, y te arranquen de este sitio, y que un pueblo soez te acompañe: que corra tu sangre...asi tu muerte será mas segura y mi corazon quedará mas tranquilo... lo quieres? (*se acerca á la ventana para abrirla*)

CAT. Deteneos. (*aterrorizada.*)

ROB. Has agotado mi paciencia. (*furioso.*)

CAT. Ya he bebido! (*dejando el vaso despues de haber bebido.*)

ROB. (*cierra la ventana; Catalina se sienta vacilando.*) Toda tentativa de salvacion no haria sino prolongar tu martirio, porque ya sabes que está rodeada la casa. Cuando vengan los mozos del Lazareto á recoger tu cadáver, el verdugo estará debajo de esta ventana, con los dogales y la cuchilla. Catalina, el cielo ha querido que el castigo del crímen se verificase en silencio, y tú serás enterrada al lado de tus hermanos... A Dios!... Piensa en tu alma. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CATALINA. ENRIQUETA.

CAT. Dios mio! vos que sabeis mi inocencia me habeis abandonado?

ENR. Ya no está aqui... (*volviendo á entrar.*) (*á Catalina.*) Decidme, hermana, me perdonareis una falta de que soy culpable?

CAT. Cuál... hija mia?

ENR. La curiosidad... sí, hermana... tengo mucha curiosidad de saber qué es lo que el Duque ha podido deciros, cuando os habeis quedado solos.

CAT. Lo que me ha dicho?

ENR. Si.

CAT. Cosas, hija mia, que no me es dado revelaros.

ENR. Me asustais... Llorais... habeis olvidado, hermana, que este dia debe ser el mas bello de mi vida... mañana pensaremos en nuestras penas... pero hoy...

CAR. (*abriendo la puerta del fondo*) Enriqueta.

ENR. Carlos!... Por fin habeis venido!...

CAR. Sí, y Dios quiera que llegue á tiempo. El Duque mi padre ha estado aqui, no es verdad.

ENR. Acaba de salir.

CAR. Y cuando ha venido, no os ha dado ni joyas ni bebidas?

ENR. No... por qué?

CAR. Mi padre ha jurado desunirnos... y todo lo temo. Ayer por la noche, á mi regreso á Edimburgo, iba á entrar en el cuarto de mi padre, cuando le oi decir estas palabras; puesto que ha escapado con vida de los lazaretos... es preciso que halle la muerte en la ciudad.

ENR. Qué decis?

CAR. Asustado, escuché con atencion... Se pronunció el nombre de Enriqueta... se habló de esta casa... de venenos agudos... de muerte secreta... despues Dickson y mi padre salieron juntos... me pareció que iban á cometer el crímen en la persona de mi amada... y como no podia llegar aqui antes que ellos... me dirijí volando á casa de un escelente médico que comprendió mis temores y...

ENR. Sosegaos, noble amigo, el veneno de que hablaba el duque Roberto, está destinado para librar de una ejecucion pública, á una muger que se halla ahora en Edimburgo; y que hizo asesinar en otros tiempos al padre de nuestro Rey.

CAR. Catalina Patrick?

ENR Sí, ese es su nombre.

CAR. (*ap.*) Catalina, su madre! (*alto.*) ¿Y el Duque quiere que esa muger muera envenenada?

ENR. Asi acaba de decírnoslo ahora mismo.

CAR. Catalina!... Pero es menester impedir que esta horrorosa egecucion tenga efecto... si supieseis...

ENR. El qué?

CAR. Enriqueta, cuando por callar puede abrirse una sepultura, ya no es tiempo de guardar secretos.

ENR. Y qué?

CAR. Catalina es vuestra madre!

ENR. Mi madre!...

CAT. (*ap.*) Es mi hija!...

CAR. (*á Enriqueta.*) Me mandais ahora que pruebe el salvarla?

ENR. Id!.. Volad!

CAT. Deteneos... es demasiado tarde... acabo de beber el veneno del Duque Roberto.

CAR. Es ella!

ENR. (*corre á arrojarse en sus brazos.*) Madre mia!

CAT. Si, tu madre! y la prueba de su inocencia está en la bondad de Dios, que permite que yo pueda abrazarte al entrar en el sepulcro!

ENR. Pero no morireis madre mia! (*con precipitacion.*) Carlos puede salvaros.

CAR. (*dándola el contraveneno.*) Dios sea bendito!

CAT. (*rechazándolo.*) Vos no habeis oido las últimas palabras del Duque Roberto: «Todo contraveneno no haria sino prolongar tu martirio. Esta casa está rodeada... Catalina... Cuando envie los mozos del Lazareto á recoger tu cadáver, el verdugo estará debajo de esta ventana con los dogales y la cuchilla!... No, no trateis de salvar á la que quiere espirar... bendiciéndoos á los dos!..

ENR. Madre mia, cuando acabais de decirme: Enriqueta, yo soy tu madre; ya no debeis morir... tomad!

CAT. Quieres que sea arrastrada por los cabellos, y magulladas mis carnes en las calles públicas, ahora que te he llamado mi hija! no... no... en tu cuarto... he visto la imájen de Jesucristo... vén... alli es donde debo morir!..

ENR. Ah! no la dejaré morir! (*ap.*)

CAT. Pero en tus brazos!.. ven... te encomendaré á aquel Dios... que me llama á si!.. (*entra sostenida por Enriqueta en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA V.

CARLOS *solo, despues* ENRIQUETA.

CAR. Y no se ha de poder salvarla del suplicio sin que muera!.. Pero vive el que vengará á esta muger!.. ¿y en quién egerceré mi venganza? Toda esta historia está envuelta en sangrientas tinieblas... las leyes no permiten que

vuelvan á abrirse los juicios en favor de los contumaces... bien podrian los hombres dar oidos á una justificacion... no quieren... han buscado á esa infeliz entre las sombras... la matan por humanidad!.. Sin embargo, no es ella la que hizo asesinar al padre del Rey... O terrible y profundo misterio que hace que la inocente espire en este momento en los brazos de su hija! (*viendo venir á Enriqueta que parece fuera de si.*) Murió! no es verdad?

ENR. No!... la he salvado! la he perdido! no sé... no he tenido valor para dejar morir á mi madre!

CAR. ¿Qué es lo que habeis hecho?

ENR. Apenas se habia arrodillado, cuando la dió una horrorosa contraccion en todo el cuerpo... torcia los brazos, se apagaban sus ojos, y yo no pude ver padecer asi á mi madre sin perder la razon! Aprovechéme de un desmayo convulsivo, que siguió á los padecimientos anteriores, para hacerla beber el contraveneno. Al momento se ha serenado su rostro, y la languidez ha reemplazado al delirio... se ha dejado conducir maquinalmente á la cama, donde queda reposando, y al parecer dormida; he corrido aquí dichosa, asustada... loca... y temblando de lo que acabo de hacer.

CAR. Si nos la pudiésemos llevar.., ocultarla... proporcionarle la fuga...

ENR. Pero cómo?

CAR. Probemos!

(*Una voz dentro con tono acompasado y lúgubre.*)

Dios de compasion
Atiende á mi ruego
Y al pecador libra
De eterno tormento...

CAR! Los mozos del Lazareto.

ENR. Ya!

CAR. (*mirando por la ventana.*) Y debajo de esta ventana los esbirros que están en acecho. (*pasan los mozos del lazareto por el foro.*)

RAL. (*saliendo.*) En donde està?

CAR. En ese cuarto... pero aguardad un poco... antes que os la lleveis, dejad que esta joven se arrodille un momento á su lado, y rece por su alma (*á Enriqueta.*) id Enriqueta, y entre tanto... yo intentaré...

ENR. Qué?

CAR. Ya lo sabreis si salgo bien.

RAL. Acompañadnos señora. (*Enriqueta vacilante y desasosegada les acompaña.*)

ESCENA VI.

CARLOS *y* TOMAS.

CAR. Es preciso que yo gane uno de estos hombres, aunque arriesgue mi vida! Amigo, escucha!.. (*deteniendo al último que pasa.*)

TOM. ¿Qué me quereis? Pero yo os conozco, joven!

CAR. Me conoceis?

TOM. Vos sois quien me dió el pase para penetrar en el Lazareto: ahora soy mozo de él y por eso he venido aqui.

CAR. Tú! El cielo es quien te envia.

TOM. ¿Por qué?

CAR. Porque necesito sobremanera de tu ausilio.

TOM. Ya lo sabeis, teneis derecho para contar conmigo abiertamente.

CAR. Es preciso salvar á la madre de Enriqueta, ya sabes... de mi futura...

TOM. Salvarla!.. y como puedo hacerlo?

CAR. De este modo: pasa por muerta en ese cuarto... se la ha de llevar al cementerio, sacarla despues secretamente y salvarla.

TOM. Pero esto casi seria tentar á Dios. ¿Y porqué quereis hacer creer que ha muerto?

CAR. Por librarla de las manos del verdugo.

TOM. Yo os he prometido hacer cuanto me mandaseis, á no ser un crímen... y lo es el mentir para salvar á los culpados! No puedo! (*da un paso para irse.*)

CAR. (*deteniéndole.*) Es inocente!...

TOM. ¿Por qué no lo prueba?

CAR. Es demasiado tarde.

TOM. Por qué?

CAR. Porqué ha sido ejecutada como contumaz, y el verdugo no le daria tiempo ni para justificarse, ni para suplicar.

TOM. De que la acusan?

CAR. De haber asesinado hace diez y ocho años á Jacobo tercero en los alrededores de Edimburgo; en ocasion que el Rey iba disfrazado de tundidor.

TON. Como! El tundidor que asesinaron á dos leguas de Edimburgo hace diez y ocho años era el Rey Jacobo tercero?

CAR. Sí.

TOM. El que murió en casa de Catalina Patrick?

CAR. Sí; por qué?

TOM. Porque en mis brazos fué donde espiró... porque ese crímen está íntimamente relacionado con mi historia...

CAR. La tuya?

TOM. Y á quien acusan de la muerte del Rey?

CAR. A la infeliz Catalina Patrick

TOM. A Catalina Patrik!

CAR. La has conocido?

TOM. Si la he conocido!...

CAR. Y no la creeis culpable?

TOM. Ella... culpable? Y es á Catalina á quien osan acusar?.. Pero esto es un sueño... no es cierto?..

CAR. No... no es un sueño!.. á ella es aquien reclama el verdugo... A ella es, á la que hay que salvar!...

TOM. Pero en dónde está?... Oh, no, no puede ser Catalina!

CAR. Ven pues... y tú mismo vas á reconocer si es ella! (*entrando por la derecha.*)

ESCENA VII.

ROBERTO, DICKSON, *despues* ENRIQUE Y CARLOS.

ROB. (*entrando por el fondo con Dickson manifestando inquietud.*) El veneno que me has entregado seria acaso tardo ó de poca fuerza... (*viendo entrar á Enriqueta.*) Enriqueta.

ENR. Cárlos me ha dicho que me alejase y que tuviese confianza. (*ap.*)

ROB. Señora, disimulad... (*acercándose á Enriqueta.*)

ENR. El Duque! (*asustada.*)

ROB. Acabo de ver, al pasar por delante de esta casa, el aparato fúnebre, y entro en ella con el corazon traspasado, porque me han dicho que la buena hermana de Irlanda acaba de morir de la peste.

ENR. Os han dicho la verdad, Milord.

ROB. Y no hay ninguna esperanza?

ENR. Con la muerte concluyen todas. (*se ven los enterradores que atraviesan muy despacio por el foro, sin que se deje ver el atahud en que llevan à Catalina.*)

ROB. (*gozoso.*) Ya la llevan! (*à Dickson.*) ahora ven conmigo, y podremos decir al Rey de Escocia de qué modo he hecho ejecutar la sentencia de Catalina. (*salen por la puerta del fondo izquierda.*)

ENR. Madre de mi alma!.. Se la llevan viva en el atahud... Madre mia! No, yo no puedo permitir que la lleven asi... deteneos!

TOM. Silencio, niña! yo la salvaré!... (*saliendo precipitadamente del cuarto de la derecha.*)

ENR. ¿Vos?

TOM. Silencio!

CAR. Silencio! (*apareciendo en el umbral de la puerta del cuarto; Enriqueta permanece inmóvil y se oye la voz de dentro que repite los versos de la escena quinta mientras cae el telon.*)



ACTO TERCERO.

Pórtico que está á la entrada de la capilla del cementerio, á la derecha en un lienzo de muralla cortado, la entrada de la capilla, cipreses en el fondo un banco á la derecha y otro á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

RALPH Y ENTERRADORES.

RALPH. (*señalando á la izquierda.*) Inclinaos, camaradas: ved al duque Roberto que acompañado de los grandes viene aquí á asistir á las honras de la hermana de Irlanda, que acabamos de depositar en esa capilla.

(*El duque hablando con Dickson atraviesa la escena, va acompañado de los grandes y seguido de pajes: entran en la capilla y Ralph va á sentarse al lado izquierdo.*)

ENT. 1.º Y bien, camarada, ¿has tomado ya tu partido?

ENT. 2.º ¿Y tú?

ENT. 1.º Yo me vuelvo á trabajar la tierra en las campiñas de Perth.

ENT. 2.º Yo volveré á engancharme en los cuerpos francos en cuanto nos supriman.

ENT. 1.º La peste ha disminuido con tanta celeridad como habia empezado. No hace mas que ocho dias que á pesar de las grandes precauciones que se tomaban para conducir los apestados á los lazaretos de Durhan, contábamos sin embargo, con un gran número de muertos diarios en Edimburgo... ya ves que hoy solo ha habido tres.

ENT. 2.º (*mirando á la capilla.*) Sí; esos dos pobres soldados y la hermana de Irlanda, en cuya caja han puesto la cinta y la medalla.

ENT. 1.º Pobre muger, ha perecido víctima de su celo, cuando acababa de ser condecorada por él.

RAL. Por eso el duque Roberto, que está rezando por su alma, en esa capilla en compañía de los grandes y de los pages de su casa, ha prohibido que se la confundiese con las demas víctimas, y ha dispuesto que nosotros la llevemos á los panteones reservados en donde quiere señalarla un nicho distinguido.

ENT. 2.º Es muy justo.

ESCENA II.

Los mismos, y DICKSON.

DIC. (*saliendo de la capilla y señalando á Ralph.*) ¡Ahí está Ralph!

RAL. (*aparté al verle.*) ¡Dickson!

ENT. 1.º Ya se concluyó la ceremonia y se han llevado dos atahudes... venid. (*entra en la capilla con el segundo enterrador.*)

RAL. (*que se ha quedado el último.*) ¿Me buscas, Dickson?

DIC. Sí... el duque Roberto me ha encargado que te busque para preguntarte si has indagado algo de nuevo.

RAL. No, solo sé que uno de los mozos del lazareto ha tratado de ganarme para que le ayudase á ocultar el atahud de la hermana de Irlanda, en lo que hubiera consentido probablemente, si el duque y tú al hacerme venir de los hospitales de Durhan, no me hubieseis confiado que esa muger era Catalina Patrick...

DIC. Y ¿por qué supones que ese hombre sea el carretero?

RAL. Porque cuando me ha hablado para lo que acabo de decirte, me ha manifestado que la hermana de Irlanda era parienta muy cercana de él.

DIC. ¿Tú no sabes si él se ha descubierto con al-

gun otro?

RAL. Me lo presumo: habiéndome yo negado, es natural que haya tratado con otros.

DIC. ¿Pero qué puede esperar?

RAL. ¿Qué sé yo?... En fin, yo he creido que era prudente avisaros de lo que pasaba.

DIC. El duque Roberto te recompensará, y ya ves que su empeño en acompañar á Catalina hasta dejarla enterrada, privará á ese hombre misterioso de hacer alguna loca tentativa. El duque ha escrito ayer al rey, noticiándole de qué modo ha descubierto, y cómo ha hecho morir despues á Catalina la contumaz... Todo parecia terminado ya; pero el peligro renace mas grande que nunca, si ese hombre es Tomás Patrick, á quien el rey Jacobo al espirar debe haber dicho el nombre del capitan Roberto.

RAL. Eso es lo que interesa descubrir cuanto antes.

DIC. ¿Podrias tú, á pesar de su disfraz, enseñarselo al duque?

RAL. Sí, porque conozco su modo de andar, y le he examinado muy bien; quizá podré enseñársele ahora mismo; (*mirando á la capilla.*) pero no hay nadie en la capilla: el acompañamiento ha salido por la puerta de la galeria; mira donde van. Ven, Dickson, por este camino nos reuniremos con ellos.

ESCENA III.

CARLOS. ENRIQUETA.

CAR. Por Dios, Enriqueta, recobraos y moderad esa terrible desesperacion.

ENR. ¿Está en mi mano hacerlo, cuando todo se ha perdido? No he sabido moderar hasta aqui mi dolor y venir ocultamente hasta la capilla, contando con la decision del hermano de mi madre, que nos dijo: ¡yo la salvaré!

CAR. Y la presencia del duque ha inutilizado todos sus esfuerzos... porque no ha desamparado el atahud de Catalina.

ENR. Y en este momento la encierra en el nicho fatal.

CAR. Pero no venir nadie en nombre del rey!...

ENR. ¿Qué quereis decir con eso?

CAR. Cuando he sabido en palacio que el duque queria acompañar á Catalina á su última morada, y que aquel me ha mandado que fuese con él, he escrito precipitadamente una carta al rey en estos términos: Señor, Catalina Patrick va á ser enterrada viva en el cementerio del Este... Señor, una órden para suspender al momento el entierro de vuestra esposa, que es inocente del asesinato de vuestro padre... Cuando salia, he encargado á uno de los pages del rey, que inmediatamente se la entregase en propias manos... yo confiaba que la órden que yo pedia al rey, vendria á interrumpir la ceremonia, cuando aun estuviésemos en la capilla... pero nadie parece.

ENR. Y la fria losa va á hacer vanos todos nuestros esfuerzos!

CAR. No sucederá asi, Enriqueta. En tan cruel estremidad, voy á arrancarla de manos de los enterradores, gritando que está viva.

ENR. Es indispensable hacerlo asi.

CAR. Y diré que lo hago en nombre del rey... Vamos... pero quién viene por este lado... Dios mio... ella...

ESCENA IV.

Los mismos, y CATALINA *apoyándose en* TOMAS.

ENR. (*viendo á Catalina.*) ¡Madre mia!

CAT. (*abriendo los brazos.*) ¡Enriqueta!

ENR. (*arrojándose á los brazos de Catalina.*) ¡Salva!

TOM. (*á Carlos.*) Habia prometido que la salvaria!

ENR. Madre mia, venid... descansad... (*Catalina se sienta.*) Dios mio que me la habeis vuelto, conservádmela!

CAT. No tembleis... estoy salva. (*sentada.*) Era tanta mi esperanza, que mi corazon latia tranquilo y con fuerza dentro del atahud.. antes de que me pusiesen en él, habia visto á mi hija... acababa de ver á mi hermano... y esperaba con serenidad mi libertad...

CAT. Pero cómo ha sido que el Duque?..

TOM. En este momento cree presenciar el entierro de Catalina.

ENR. ¿Pero por qué prodijio?..

TOM. Al entrar el Duque Roberto en la capilla, un rayo de luz iluminó mi entendimiento... Apenas le ví atravesar el lumbral de la puerta y saludar el altar, cuando penetré su intencion, y mudé al atahud que estaba al lado, la cinta y la medalla, única señal que distinguia el de mi hermana de los demás... Roberto engañado se arrodilló delante de la caja que yo acababa de condecorar del modo que he dicho. En cuanto se concluyó la ceremonia, ayudado de un compañero que habia ganado de antemano, cojí el atahud en que estaba mi hermana, y los dos lo llevamos detras de unas malezas que encontramos. Bien pronto Catalina me tendia sus brazos dando gracias á Dios.. y yo la estrechaba contra mi corazon, cuando vimos pasar al través de los árboles la fúnebre comitiva que creia acompañar á la hermana de Irlanda. En cuanto se hubieron alejado, conduje á mi hermana hácia este sitio, de donde contaba llevarla á los brazos de su hija.

ENR. De su hija, que os debe tambien la vida, porque no hubiera podido sobrevivir á su madre.

TOM. Lo que falta ahora para completar nuestra obra, es salir de aqui fácilmente... pobre hermana... ¿podrás andar apoyándote sobre nosotros?

CAT. Sí, tendré fuerzas suficientes... (*levantandose.*) puesto que el cielo hace hoy un milágro en nuestro favor.

Tom. Pero si te encontrasen...

Car. Por ese camino... (*señalando à la derecha.*) hay unas sendas ocultas...

Tom. Nosotros no las conocemos...

Car. Voy á esplorarlas, para señalaros por dònde habeis de pasar, y vuelvo al momento para serviros de guia.

Tom. Eso es, id.. (*Carlos sale por la izquierda.*) (*á Catalina.*) Mañana, hermana mia, en tanto que tú recibes de tu hija... de nuestra hermosa Enriqueta, las caricias filiales que han de acabar de volverte la vida... tu hermano Patrick, probará que eres inocente del crímen que osan imputarte.

Cat. ¿Tú lo probarás?

Tom. Sí, hermana; Tomás que vuelve á su pais despues de diez y ocho años de esclavitud... trae consigo una prueba que siempre le ha acompañado; podrá con ella señalar el culpable, que aun vive... y asi como el cielo te ha vuelto tu hija... quizá le volverá á él, el hijo que tantas lágrimas le cuesta...

Cat. John?

Tom. John, á quien busco con tanto afan... pero no hablemos de esto, Catalina... cuando estés mas sosegada, sabrás todas nuestras esperanzas, y todos nuestros temores.

Enr. Se oyen pasos hácia aquel lado... será Cárlos tal vez...

Tom. (*yendo á mirar al fondo.*) Tres hombres que vienen hácia aqui... sí, hácia este lado se dirijen, es menester que no te vean, Catalina.

Cat. (*levantàndose.*) Y cómo?

Tom. Entrad en esa capilla, y arrodíllate en un rincon... pronto, pronto.

(*Catalina y Enriqueta entran en la capilla, tres hombres embozados en sus capas y enmascarados aparecen en el fondo y entran en escena.*)

ESCENA V.

Tomas, Dickson *y otros dos mas con capas y caretas.*)

Tom. (*ap.*) Estos tres hombres van enmascarados... qué querrán? (*dirigiéndose á ellos.*) Qué buscais, señores?

Dic. Buscamos al padre de un niño, que por órden de unos poderosos señores, robamos hace diez y ocho años de la hosteria de la posada del Cuervo.

Tom. Vosotros?

Dic. (*ap.*) El es. (*alto.*) Escucha, Tomás Patrick. Los que nos habian encargado verificar el rapto, te impusieron por condicion para salvarte, el silencio y la fuga, tú has callado, y te has ido... Ellos han cumplido su palabra, asi como tú has cumplido la tuya... hoy que tú hijo cuenta ya veinte y dos años, está próximo á un brillante porvenir...

Tom. Mi hijo!.. vive?

Dic. Aun está á discrecion de los que hace dos dias espian todos tus pasos, y que como en aquella época nos envian para decirte, que si te se escapa una sola palabra de todo lo que has visto, sabido ó descubierto, tú hijo será degollado inmediatamente.

Tom. (*enfurecido.*) Miserables asesinos!..

Dic. (*con calma.*) Nosotros no somos sino los enviados por los que matarán á tu hijo... si emprendes algo contra nosotros.

Tom. O rabia!..

Dic. Escucha lo que nuestros dueños te mandan: cerca de aqui hay un carruaje que nos espera, tú nos seguirás y subirás á él con nosotros, que te llevaremos á un sitio seguro.. Si te niegas á obedecer antes que finalice el dia, verás las gentes á la orilla del rio rodeando el cadáver de un hermoso jóven asesinado allí...

Tom. Dios mio!

Dic. Salva ó condena á tu hijo... decide...

Tom. Pero quién me prueba que mi hijo no ha muerto... el que ha caido en manos de unos infames asesinos?

Dic. Los que tenian interés en conservar su vida, no han debido guardarle en rehenes?

Tom. (*ap.*) Es cierto... (*alto.*) Y quién dice que mi hijo no sabrá defenderse?..

Dic. Sucumbirá como ha sucumbido Catalina tu hermana.

Tom. (*ap.*) Catalina... si querrán tenderme un lazo?

Dic. Y bien?

Tom. No os temo... me quedo.

Dic. A Dios: asi habrás cortado la gloriosa carrera de tu hijo, y harás matar al joven mas leal que se conoce...

Tom. Yo no estoy cierto de que mi hijo exista...

Dic. Cuando te lo encuentres muerto, te arrepentirás de haber dudado de su existencia; á Dios.

Tom. Mi hijo..! aguardad... (*ap.*) un padre no puede aceptar este terrible desafio... si resisto puedo causar la muerte de mi hijo... la de Catalina tal vez... porque los espias que siguen mis pasos, la descubrirán sin duda... (*á los enmascarados.*) á donde me conducis?

Dic. Ya lo sabrás.

Tom. Pero á lo menos...

Dic. Concluyamos, porque los asesinos podrian interpretar mal nuestra ausencia.

Tom. Vamos pues.

Dic. (*señalàndole el camino.*) Pasa delante.

Tom. (*ap.*) Perdona á un padre, Dios mio! su duda y su esperanza, y vela sobre Catalina!... (*alto.*) Vamos. (*sale Tomás el tercero y otro enmàscarado detrás.*)

ESCENA VI.

Catalina, Enriqueta.

(*salen con recelo de la capilla mirando por la parte por donde se ha ido Patrick.*)

Cat. Se ha resignado.

ENR. Y les ha seguido.

CAT. Tal vez lograremos arrancarle de sus manos, hija mia; porque la que creen muerta les ha oido á los miserables. Pero qué podremos hacer nosotras, infelices mugeres!

ENR. Instruir de todo esto á vuestro esposo el Rey mi padre.

CAT. El Rey me cree aun culpada.

ENR. Le diremos que Patrick tiene las pruebas de vuestra inocencia, y que es necesario que le libre.

CAT. Si Carlos puede ir á hablar al Rey...

ENR. ¡Oh! estoy segura de que se apresurará á hacerlo... (*subiendo el escenario.*) Pero no viene!..

CAT. Quizá haya encontrado á Patrick...

ENR. Madre mia..!

CAT. Y bien?

ENR. Carlos llega, pero no viene solo, alguno le acompaña... es mi protector. Ya serán dos, madre mia, para defender á Patrick.

CAT. Venid... (*desde fuera.*)

ESCENA VII.

Los mismos, CARLOS, JACOBO.

CAR. Las hallaremos sin duda en la capilla... pero vedlas... ahi.

CAT. Enrique! (*reconociendo á Jacobo.*)

JAC. Catalina!

ENR. El Rey!

JAC. (*á Enriqueta.*) Sí, el Rey tu padre, Enriqueta.

ENR. Vos?

CAR. Os habia yo engañado, señor?

JAC. No!.. Catalina... (*ap.*)

CAR. (*á Enriqueta.*) Retirémonos, Enriqueta, dejémoslos solos...

(*Entran los dos en la capilla.*)

ESCENA VIII.

JACOBO Y CATALINA.

JAC. Catalina á quien hallo aqui...

CAT. (*con voz trémula.*) Catalina que habia sido sentenciada injustamente, y á la que Dios acaba de salvar para que pueda justificarse.

JAC. Dios ha tardado bastante en justificarla.

CAT. Sí... la que vos habeis dejado condenar, ha sufrido largo tiempo.

JAC. Fué condenada en vista de una carta de mi padre que la acusaba.

CAT. Vuestro padre... esa carta era falsa!

JAC. Por qué no lo habeis probado... por qué no habeis apelado?

CAT. No podia... y Catalina acusada por los asesinos, debia sucumbir puesto que nadie tomaba su defensa...

JAC. Yo la he defendido; yo que á pesar de lo que decian los jueces, la proclamaba inocente, y la hacia buscar aun en el mismo dia en que se pronunció su sentencia.

CAT. Catalina que habia salido de Escocia, para cumplir con un deber religioso, no ha sabido que se la acusaba, hasta que ha tenido conocimiento de la sentencia que sobre ella habia recaido.

JAC. Y ella qué ha hecho entonces?

CAT. Ella!.. no lo ha creido al principio... en fin, cuando se ha convencido de que era cierto, ha escrito por tres veces al Rey de Escocia.

JAC. Yo no he recibido ninguna de sus cartas.

CAT. Los verdaderos culpados habrán hallado modo de interceptarlas... y Catalina ha esperado un año entero sin dormir ni sosegar, á que la llegase una palabra de esperanza ó de consuelo, pero esta palabra no ha llegado... y vos haveis creido á Catalina culpada...

JAC. Yo he dudado.

CAT. Y quién os habia inspirado esa duda espantosa?

JAC. La ausencia, la fuga, y el silencio de Catalina.

CAT. Os habia escrito...

JAC. Por qué no veniais?

CAT. No me esperaba la muerte en la frontera?

JAC. Es verdad, pero vuestro hermano Tomás...

CAT. Mi hermano... al cabo de diez y ocho años de esclavitud, ignoraba aun ayer mismo, la acusacion y la desdicha de Catalina.

JAC. Las ignoraba!.. y en dónde está ahora?

CAT. En poder de los asesinos de vuestro padre.

JAC. Qué decis?

CAT. Sí señor: y el cielo que os ha conducido aqui, quiere que liberteis á Patrick para salvar la inocencia de su hermana... porque Tomás tiene las pruebas de ella.

JAC. Podreis vos conducirme?

CAT. Sì, pero para que tenga aliento para guiaros, decidla á lo menos á la desventurada Catalina, que vos no creeis que ella haya empapado sus manos en la sangre de vuestro padre?

JAC. Yo, Catalina!.. Sabe, pues, que jamás lo he creido en mi interior!..

CAT. Dios mio!

JAC. Y cuando he sabido por una carta del Duque Roberto que aconsejado por varios de los altos dignatarios de mi reino, habia envenenado secretamente á Catalina por evitarla el horror del suplicio, se han apoderado de mi una desesperacion sombria y una fiebre espantosa que tal vez hubiera terminado mi existencia, si Carlos no hubiese venido á descubrirme el modo maravilloso con que has sido libertada.

CAT. Vos, señor?

JAC. Quieres que te confiese mis terribles combates? Lo haré!.. sí, Catalina, yo alimentaba en mi corazon una secreta esperanza que se apagaba delante de una fatal evidencia... pero que volvia siempre á renacer como la que abriga el corazon de un náufrago.

CAT. Ah! y qué decis?

JAC. Y si en otro tiempo me he negado á unirme con la princesa de Inglaterra... si he soste-

nido la guerra para quedar libre... ha sido porque á pesar mio, el recuerdo de Catalina llenaba mi corazon de amor, de odio, de duda y de terror... Este terrible combate interior con que tanto tiempo me he visto atormentado, duraba aun cuando te he vuelto á ver ahora mismo. Y en este momento, cuando he oido tu voz suplicante, es cuando ha llegado para mi la hora de libertarme enteramente de aquella horrorosa lucha en que mis secretos esfuerzos se estrellaban contra un imposible... y la de decirte, Catalina, que yo te creo inocente.

CAT. Gracias, Dios mio!

JAC. Si Catalina, da gracias á Dios que permite que pueda decírtelo abriéndote mis brazos...

CAT. Enrique! (*arrojándose en ellos.*)

JAC. Pobre é inocente víctima, qué haré para vengarte?

CAT. (*llorando.*) Lo primero es salvar á mi hermano.

JAC. Sí... y despues caerá el terrible castigo sobre el culpable, si es que existe todavia.

CAT. Aun existe, puesto que acaba de apoderarse de mi hermano para obligarle á callar.

JAC. Y cómo ha sido?

CAT. Poco antes de vuestra llegada, han venido aqui tres hombres disfrazados, y han obligado á mi hermano á seguirles, amenazándole con que harian asesinar á su hijo, que hace diez y ocho años tiene en su poder, si no les obedecia, y él se ha resignado á hacerlo por salvar á su hijo, y tal vez por salvarme á mi.

JAC. Cómo! hace diez y ocho que las personas á quien mas amaba, sufren toda suerte de padecimientos, separándolos ademas de mi... é impidiendo que pudiesen llegar á mi noticia los atropellos que en ellos se cometian!...

CAT. Y poniendo entre nosotros la duda y la maldicion.

JAC. Sí, yo os vengaré á todos al vengarme á mi mismo.

CAT. Ah! no solteis aun la palabra venganza... si los culpados os oyesen... asesinarian al instante á Patrick y su hijo.

JAC. Tienes razon, nos veremos aun obligados al silencio... y á buscarlos entre las sombras.

CAT. Es preciso que ignoren que me he salvado.

JAC. Sí, porque ellos son sin duda los que han aconsejado á Roberto el envenenar á Catalina; y Roberto, antiguo amigo de mi padre, ha creido deberlo cumplir con su inexorable justicia; pero nosotros le convenceremos de que engañado por los verdaderos culpables, heria al inocente, y Roberto indignado se apresurará á ayudarnos á descubrir á los que creian hallar su salvacion en la muerte de Catalina, en el silencio de su hermano.

CAR. Señor, mirad... (*señalando á fuera.*)

JAC. (*mirando.*) Pero... es el Duque Roberto... aun aqui... voy á esperarle y hablar con él sin prevenirle todavia... déjame...

CAT. Enrique, me parece que este hombre es enemigo mio...

JAC. Lo era, Catalina, y el mas implacable de todos cuando te creia parricida; pero cambiará enteramente cuando sepa tu inocencia... Vete ahora por ahi con nuestra hija, y luego á la noche saldremos de este cementerio sin ser notados.

CAT. (*yendo hácia la capilla.*) Señor... justicia, y sobre todo prudencia!

JAC. ¿Los que yo quiero salvar no han de componer la familia real de Escocia, cuyo Rey se halla aislado enmedio de su Reyno? Valor y confianza, amiga mia, no lloreis mas.

CAT. Oh! no me eches en cara estas lágrimas, Enrique! ya no son las del pesar y del dolor... diez y ocho años hace que yo aguardaba que al cielo me concediese estas lágrimas tan consoladoras. (*entran las dos en la capilla.*)

ESCENA IX.

ROBERTO, *y despues* JACOBO.

ROB. En esta capilla es donde tengo que aguardar á Dickson....... la resignacion de Patrick me admira aun... Sí; es menester que tratemos de sondear á los mozos del Lazarato para saber si él les ha contado algo... (*da un paso hácia la capilla.*) Dickson me aguarda tal vez... pero alguien viene... el Rey!

JAC. (*volviendo á la escena*) Milord, vos no esperabais hallarme aqui...

ROB. No señor... pero no me sorprende... el dolor debia conduciros á llorar á la vez la antigua compañera que habeis perdido, y á maldecir á la que la ambicion hizo parricida.

JAC. Os habeis precipitado en el castigo, Roberto; estaba inocente.

ROB. Señor...

JAC. Y habeis sido vos mismo el juguete del asesino de mi padre!

ROB. No os entiendo, señor.

JAC. Me entendereis cuando sepais lo que yo acabo de saber.

ROB. El qué, Señor?

JAC. Catalina tenia un hermano...

ROB. Ah! Ah! tenia un hermano?

JAC. Sí, y este hermano lo sabe todo.

ROB. Y en dónde está, Señor?

JAC. Vos me ayudareis á buscarle.

ROB. Cuándo?

JAC. Mañana.

ROB. Por qué no viene él á buscaros?

JAC. Se halla en poder de unos asesinos que han venido á prenderle aqui disfrazados.

ROB. Cuándo?

JAC. Hace poco.

ROB. Pero ese hermano se hubiera defendido y...

JAC. Le amenazaron con asesinar á su hijo si resistia...

ROB. (*ap.*) Quién se le habrá dicho esto?

JAC. Ya veis qué el asesino vive y está cerca de nosotros.

ROB. Señor, si...
JAC. Ya comprendeis ahora cuanta prudencia necesitamos para buscarle...
ROB. Sí, porque si llegase á sospechar que se le iba á los alcanzes...
JAC. Asesinaria á Patrick, porque no hablase.
ROB. Seria muy de temer... pero, Señor, estais cierto de la lealtad de la persona que os ha contado ese increible suceso?
JAC. Si estoy cierto! vais á juzgar por vos mismo... aguardadme, Duque Roberto, y volveremos con ella al palacio de Edimburgo.
ROB. Aqui os aguardo, señor. (*Jacobo entra en la capilla.*)

ESCENA X.

ROBERTO *solo, despues* DICKSON.

ROB. Serán todos los demonios del infierno los que juegan contra mi en esta terrible partida... Esta encarnizada lucha agota mi valor... mi pulso late con pulsaciones desiguales... mi cabeza desvanecida... trata en vano de comprender... de preveer. ¿Me faltaria acaso la fuerza en lo mas récio de la tempestad.
DIC. (*entrando.*) Me esperabais ya, Milord?
ROB. ¿Quién viene? Eres tú, Dickson?
DIC. Milord, aquel hombre era Patrick; ahora ya está bien asegurado.
ROB. (*asustado.*) ¿Tal vez te han seguido, Dickson?
DIC. No lo creo; ¿pero qué teneis?
ROB. El rey sabe que Catalina era inocente, y que el asesino de su padre se halla en Edimburgo.
DIC. ¿Por quién lo ha sabido?
ROB. Por uno que os ha visto disfrazados apoderaros de Patrick.
DIC. ¿Quién os lo ha dicho?
ROB. El rey.
DIC. ¿Le habeis visto?
ROB. Sí; ahora está en esa capilla.
DIC. Somos perdidos.
ROB. No, Patrick está en nuestro poder, Catalina no existe; y yo tengo la confianza del rey.
DIC. ¿Qué hareis?
ROB. No lo sé todavia... vete á esperarme á palacio... y esta noche... pero alguien viene... déjame.
DIC. Sí, Milord. (*sale precipitadamente.*)
ROB. ¡Ah! voy á saber en fin, quién ha podido espiar...

ESCENA XI.

ROBERTO, JACOBO, CARLOS, CATALINA, ENRIQUETA.

ROB. (*se dirije hácia la capilla y se encuentra con Catalina que sale con el rey.*) ¡Gran Dios!
JAC. Dudareis ahora de la sinceridad de la que Dios no ha querido que muriese inocente.. El rey os permite, duque Roberto, que ofrezcais el brazo á Catalina rehabilitada... (*á Carlos.*) Carlos, ves delante. (*á Enriqueta.*) Ven hija mia...
ROB. (*mirando atentamente á Catalina.*) Viva...
JAC. (*á Roberto.*) Y bien, duque Roberto?
(*Roberto mira á Catalina aterrorizado, se acerca á ella con horror... duda... se decide... y cae el telon cuando va á darla el brazo*



ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala del palacio de Edimburgo. Puerta en el fondo que da á un pórtico, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

DICKSON *solo, despues de haber abierto la puerta del fondo y registrado por fuera.*

DIC. Todo está en calma; los centinelas no están mas alerta que otro cualquier dia; esta noche es como todas las demás.., en la apariencia... y seria dificil adivinar las diversas inquietudes y emociones que agitan en este momento á los que velan en palacio. Catalina Patrick está al lado de su hija, Cárlos acaba de salir en medio de una agitacion tan fogosa como su juventud, y el Rey que aun se aconseja del Duque Roberto, no sabe que pone su confianza en su mayor enemigo, que disimula el terror de que está poseido. Pero el Duque tarda mucho... el tiempo pasa, Patrick, aunque preso, respira todavia... y yo cómplice del Duque, tiemblo... me estremezco, sin embargo de que sé que el Duque tiene el poder, y que no puede salvarse sin salvarme. (*ve entrar á Roberto.*) Ya está aquí. Mucho habeis tardado Milord Duque.

ESCENA II.

ROBERTO Y DICKSON.

ROB. Sí, hasta ahora mismo no he podido separarme del Rey.
DIC. Cuáles son sus esperanzas?
ROB. Acaba de enviar una órden á todos los condes y altos dignatarios para que se presenten aquí esta misma mañana. Quiere rehabilitar en su presencia á Catalina Patrick.
DIC. No tiene prueba material de su inocencia.
ROB. Mira el arresto de su hermano como una prueba de la existencia de los culpados; y quiere empezar por servirse de este descubrimiento en favor de Catalina. Pero nosotros nada tenemos que temer... ¿Qué nos importa la re-

habilitacion de esa muger? Yo quiero ser el primero en declararla inocente... Patrick es nuestro único estorbo... Patrick, á quien el Rey moribundo ha dicho sin duda el nombre de Roberto.

DIC. Asi es, que es preciso impedir que pueda nunca ver al Rey.

ROB. Ya habria muerto, si el Rey no me hubiese hecho estar á su lado toda la noche; pero aun tengo tiempo suficiente para librarme del único acusador que podria perdernos. El calabozo que le encierra es secreto, y cuando los nobles se reunan en este palacio, el cuerpo de Patrick ya estará en el rio.

DIC. No hay que perder tiempo, Milord.

ROB. Dentro de una hora Patrick habrá dejado de existir.

DIC. Bien, Milord, y habreis pensado en que el Rey vá ahora á escudriñar la vida pasada de todos los antiguos nobles para hallar al culpado?

ROB. Sí, y antes que llegue el dia de mañana, ya habré yo infundido algunas sospechas en el ánimo del Rey.

DIC. Y sobre quién vais á hacerlas recaer, Milord?

ROB. Sobre el Conde Douglas, cuyos funerales se están disponiendo, pues murió ayer como tú sabes.

DIC. Sobre el Conde Douglas?

ROB. No ignoras que era gran enemigo de Jacobo tercero.

DIC. Sí.

ROB. Habiendo muerto, no puede defenderse: desde luego haré que todas las sospechas del Rey caigan sobre él; esto nos dará tiempo... ahora me voy... tú vigila siempre.

DIC. Contad conmigo.

ROB. Aun no ha vuelto Cárlos?

DIC. No, Milord; ¿á dónde á ido?

ROB. Sin duda á llevar la órden del Rey para la reunion de los nobles.

DIC. Guardará el secreto?

ROB. Donde está Ralph?

DIC. Ocupado en los preparativos para el entierro del Conde Douglas... Pero alguien viene.

ROB. Si fuese el Rey?..

DIC. Es Cárlos. (*que ha abierto la puerta.*)

CAR. Padre!

ESCENA III.

Los mismos, CARLOS, *y luego* TOMAS.

ROB. De dónde vienes, hijo mio?

CAR. ¿De dónde vengo, Milord? Vais á saberlo, vengo (*señalando á Patrick que se deja ver á la puerta.*) de salvar á ese hombre, padre mio.

ROB. Salvarle!

DIC. Patrick!..

CAR. No tengais recelo, Patrick, estais en el cuarto del primer Ministro, en donde nada pueden vuestros enemigos.

ROB. Sus enemigos.. y á dónde os habian llevado?

CAR. A las prisiones del prebostazgo.

TOM. Sí, á un sombrio calabozo, donde contaba permanecer para siempre...

CAR. Y yo, padre mio, provisto de una órden del Rey, por la que se me debian abrir todas las puertas de las cárceles, he visitado primeramente todas las prisiones de la ciudadela y luego las de la Chancilleria, hasta que al fin he hallado á Patrick en las del Prebostazgo.

ROB. Y habeis podido descubrir al mismo tiempo quién le habia hecho encerrar?

CAR. No he pensado en otra cosa que en librarle.

ROB. Y habeis hecho bien, hijo mio...

CAR. Ahora voy cumpliendo con las órdenes que tengo del Rey, á poner en su noticia el feliz éxito que ha tenido mi tentativa.

TOM. Id, joven. (*Carlos sale por el fondo.*)

ESCENA IV.

ROBERTO, DICKSON, TOMAS.

DIC. (*en voz baja á Roberto.*) El Rey vá á llamar á Patrick

ROB. (*á Patrick.*) Yo mismo quiero ir á anunciar al Rey vuestra libertad, Patrick... Su primer ministro es el que debe darle tan fausta noticia...

TOM. Sea como vos decis, Milord...

DIC. (*en voz baja á Roberto.*) Qué es lo que os prometeis con eso?

ROB. (*en voz baja á Dickson.*) Ganar tiempo... y evitar que se vean.

ESCENA V.

DICKSON, TOMAS.

DIC. El Duque Roberto vá á prevenir al Rey, y y vos vais á verle muy pronto.

TOM. Sí, voy á hallarme en presencia de Enrique... Rey de Escocia.

DIC. (*ap.*) Espero que no sea tan pronto como te figuras...

TOM. Y tiemblo al pensar en ello... yo sé muy bien que nuestra entrevista, va à terminar los males de mi hermana... y aunque toco el fin de mis deseos, no puedo dominar mi conmocion.

DIC. Que se disiparà bien pronto.

TOM. Oh! vos no podeis comprenderla... vos ignorais que en otros tiempos era el Rey Jacobo cuarto mi fiel compañero, que habitábamos bajo un mismo techo y comiamos en la misma mesa; (*Jacobo que acaba de entrar por el fondo se detiene y escucha.*) que por la noche Enrique con nuestros hijos sobre las rodillas, nos dormiamos hablando á media voz, que no teniamos los dos sino un bolsillo, un pensamiento, una esperanza; y que todos los dias al levantarnos cada uno de nosotros, decia al otro, presentandole la mano: Dios te guaarde hermano!

JAC. (*que se ha ido acercando á él sin ser visto, alargandole la mano.*) Dios te guarde hermano.

TOM. Enrique!.. (*conteniendose.*) el Rey!

ESCENA VI.

JACOBO, TOMAS, DICKSON.

JAC. No me llames el Rey, cuando Enrique te presenta la mano. (*Patrick conmovido no se atreve á cogerla.*) Déjanos solos, Dickson. (*á Dickson.*)

DIC. (*se inclina al salir.*) Vamos á prevenir al Duque de lo que pasa. (*vase.*)

JAC. Al fin vuelvo á verte, Patrick, á tí, cuya ausencia he maldecido tanto.

TOM. Yo tambien... maldecia lejos de aqui...

JAC. Y has olvidado á tu hermano...

TOM. Yo?

JAC. Tú, ¿qué, no me llamas ya Enrique?

TOM. Ya no me atrevo á daros ese nombre.... Señor.

JAC. Y por qué? qué es lo que debo hacer para recordarte nuestros pasados tiempos? Yo no puedo arrancar el rico artesonado que cubre estas paredes, y reconstruir nuestra antigua cabaña; yo no puedo sino alargarte la mano como entonces para probarte que mi corazon no ha cambiado...

TOM. Enrique! (*cojiéndole la mano.*)

JAC. Hermano mio! (*estrechàndole en sus brazos.*)

TOM. Los recuerdos de otros tiempos acaban de disipar todos mis terrores.

JAC. Déjame mirarte... cuanto has sufrido pobre amigo..!

TOM. Sí, pero jamás he desesperado.

JAC. Y nos traes la prueba de la inocencia de Catalina, hermano mio?

TOM. La prueba evidente.

ESCENA VII.

JACOBO, ROBERTO, TOMAS.

ROB. Están juntos! (*al entrar por la izquierda.*)

TOM. Quién viene?

JAC. El Duque... acercaos, milord; vos no estais de más aqui, porque Patrick nos trae la prueba de la inocencia de su hermana.

ROB. La prueba! y cuál es?

TOM. Vais á saber, ¿te acuerdas de nuestra última entrevista, Enrique?

JAC. Si...

TOM. Pues bien, como una hora despues, y cuando yo volvia á tu casa, oi gritar en el sendero inmediato, corri á los gritos, y vi que asesinaban un hombre... volé á su socorro, cuando se presentó otro segundo asesino... armado con mi hacha pronto le puse fuera de combate... entonces hice entrar en tu casa al pobre tundidor, que yo no sabia que fuese el Rey, el cual espiró de alli á poco en mis brazos.

JAC. (*á Roberto.*) Lo ois, Duque Roberto?

ROB. Si... Señor.

TOM. Lleno de ira me disponia á perseguir á los asesinos, cuando por la ventana me arrojan una carta, (*la saca de su cinturon.*) que he conservado siempre cuidadosamente, y que he llevado encima desde entonces... toma, Enrique, lee, y verás que el asesino se acusa en ella á si mismo.

ROB. (*ap.*) La carta de Dickson.

JAC. (*despues de haberla leido.*) Infames!.. En efecto, ellos mismos se acusan! Ved, Duque Roberto...

ROB. Y el Rey al espirar (*pasando la vista por el papel.*) no os reveló el nombre...

TOM. De su asesino? ... Ah! no...ni aun pudo nombrarme á su hijo.

ROB. (*ap.*) me he salvado!

JAC. Esta carta prueba à lo menos que Catalina no ha sido parricida.

ROB. (*ufano*) Si señor... eso es lo que mas interesa... al asesino ya le descubriremos, y yo confio haber descubierto sus huellas.

TOM. Las del que me ha robado mi hijo...?

ROB. Puede ser... aun no puedo asegurarlo...

JAC. Y de quién sospechais?

ROB. Recordando cosas pasadas, me ha ocurrido que el Conde Douglas que acaba de morir, era hace veinte años enemigo capital de vuestro padre, á causa de las locas pretensiones que tenia al trono de Escocia...

JAC. El Conde Douglas... en efecto... Pero hábiendo muerto ayer, no ha podido ser él, quien dió la orden para prender á Patrick.

ROB. Y sus cómplices..?

JAC. Es verdad..... pero lo habeis reflexionado bien, Duque Roberto..?

ROB. Dickson ha visto entrar esta mañana en su palacio á tres hombres disfrazados...

TOM. Tres hombres disfrazados... y el Conde ha muerto... él que quizá sabria el paradero de mi hijo... No importa... muerto ó vivo, yo sabré si él era el asesino... aun llevo el traje del Lazareto y conozco muy bien el palacio de los Condes de Douglas.

JAC. Qué quieres hacer?

TOM. No deis publicidad á vuestras sospechas, y antes de una hora yo os diré si el Conde ha asesinado al Rey, y si me ha robado mi hijo... os lo juro. (*sale precipitadamente por el fondo.*)

JAC. Vuela hácia el palacio de Douglas.

ROB. (*ap.*) No comprendo qué es lo que vá á adelantar con eso.

ENR. (*entrando por la derecha con Catalina*) He ahi al Rey, madre mia!

JAC. (*viéndolas.*) Enriqueta... Catalina.

CAT. (*mirando á su alrededor.*) Y mi hermano!... Carlos nos ha anunciado su libertad.

JAC. Acaba de dejarnos para ir á aclarar unas sospechas que tal vez le conduzcan al descu-

brimiento de su hijo.
ENR. Y si sus enemigos le persiguen todavia?
JAC. El cielo, hija mia, debe guiar al que acaba de presentarme una prueba por escrito de la inocencia de tu madre.
CAT. Una prueba por escrito...
JAC. (*dándola la carta.*) Tomad, leed. (*à Roberto mientras ellas leen.*) Esta carta me permite publicar en mi Reyno una verdad, de que mi sola persuasion no hubiera podido convencerle.
CAT. (*despues de haberla leido.*) Y se me acusaba de hacer asesinar al Rey Jacobo, mientras que separándome de mi hija, que aun estaba en la cuna, me sacrificaba por la gloria de mi esposo, y por la salvacion de su padre.
EÑR. Pobre madre...
JAC. Pobre víctima, vas á recibir por fin las bendiciones debidas á los mártires.

ESCENA VIII.

Los mismos, CARLOS, *y despues los nobles.*

CAR. (*Entrando por el fondo.*) Señor, los nobles acuden á vuestro llamamiento.
JAC. Entrad, milores y condes, (*entran los nobles.*) el rey os reune en este dia, para anunciaros una justicia tardia, pero brillante... Mañana, el duque Roberto, mi primer ministro, publicará en la cámara de justicia la prueba de la inocencia de la infeliz Catalina Patrick... la esposa de vuestro rey y madre de vuestra soberana; y vuestro rey, que procla ma á Catalina inocente, os invita, milores, á seguir su ejemplo, inclinándoos ante ella. (*todos se inclinan.*) Y para que la Europa entera sepa por un hecho la justicia de esta verdad, quiero desposar delante de vosotros á Carlos, hijo del duque Roberto, mi primer ministro, con la hija del rey de Escocia y de Catalina Patrick... rehabilitada.
CAR. Señor...
CAT. Ellos dos me han salvado, milores y condes, y el cielo les habia destinado de antemano el uno para el otro,
ROB. (*adelantándose.*) Cómo, mi rey y señor! tanto honor...
JAC. Vos representais hoy, milord, el primer dignatario de mis estados, como padre del heredero del trono.

ESCENA IX.

Los mismos, *y* TOMAS.

TOM. (*al entrar.*) ¡Señor!...
JAC. ¡Patrick!
CAT. ¡Hermano mio!
JAC. ¿Qué has sabido?
TOM. El conde Douglas no ha asesinado á vuestro padre... y yo he hallado á mi hijo.
CAT. ¿Tu hijo?
TOM. Está aquí presente... El rey de Escocia acaba de desposarlo con su hija Enriqueta...
JAC. ¡Carlos!
CAR. ¡Yo!... ¡hijo vuestro!
TOM. Sí, hijo de Patrick el carretero.
ROB. (*con viveza.*) Pero, quién se ha atrevido...
TOM. Uno de los tres hombres disfrazados, á quien he reconocido en el palacio de Douglas... Ralph, á quien he prometido el perdon, con tal que me dijese la verdad, que de otro modo estaba perdido sin remedio, me lo ha contado todo.
ROB. (*con viveza.*) Ralph... ha mentido.
TOM. (*con la misma viveza.*) Ahora vamos á verlo, Milord... porque yo no os lo he contado todo, señor. (*al rey.*) Yo no os he dicho aun que despues de leer la carta que me arrojaron por la ventana, permanecí toda la noche en vuestra casa al lado del cadáver de vuestro padre, aguardando en vano vuestra vuelta y la de Catalina, hasta que al fin me marché, confiando volver pronto secretamente. Pero no he podido volver á entrar en Escocia, sino al cabo de diez y ocho años de esclavitud y de dolor; á mi vuelta venia con la esperanza de reconocer al raptor y al asesino, porque al irme habia hallado en el sendero inmediato á vuestra casa, y en un paraje lleno de sangre, una mano que mi hacha habia cortado en la refriega... y en ella un anillo de conde... de conde, milor! (*al duque.*) Ahora milor duque, si Ralph ha mentido, podeis probarlo solo con quitaros los guantes y enseñar vuestras manos.
ROB. (*los nobles se acercan á Roberto, y le examinan.*) ¡Maldicion!...
JAC. Y bien, duque...
TOM. (*arrancándole el guante.*) Obedeced sin demora... Mirad... (*Todos se retiran horrorizados, y Tomás arroja el guante á los pies de Roberto.*) Carlos, el que te habia llamado hijo suyo... era un asesino.
CAR. (*arrojàndose en sus brazos.*) ¡Padre mio!
(*Roberto vacilante cae en un sillon.*)
TOM. Sí, el asesino del rey Jacobo tercero... (*al rey.*) y de vuestra madre!
JAC. El, milores... mañana la coronacion de Catalina, y el suplicio del culpable! (*señalando á Roberto.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1846.
IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.